

Vigencia del concepto freudiano de superyó en la clínica actual

Validity of the Freudian concept of superego in the current clinic

Marco Máximo Balzarini : marcombalzarini@outlook.com

Resumen

El presente trabajo tiene un doble objetivo. Primero, diferenciar dos vertientes de la concepción de superyó en la obra de Freud. Segundo, articular la segunda vertiente con la clínica de los síntomas actuales. Consideramos de cabal importancia ampliar la perspectiva del concepto de superyó dado que sus relaciones al sentimiento de culpa, al masoquismo primario, a la reacción terapéutica negativa y a la última teoría de la angustia remiten a las coordenadas de la sociedad neoliberal. El eje de esta articulación será la vía que toma el concepto propuesto por Kant de imperativo categórico, que Freud articula con el superyó y que Lacan ata al goce, lo que produce síntomas más ligados a la compulsión que a la represión. Así, la pregunta que nos formulamos y que intentaremos responder es ¿de qué manera la segunda vertiente del concepto de superyó en la obra de Freud demuestra ser vigente en la expresión clínica del neoliberalismo? Pregunta que podría sustituirse por esta otra ¿cómo podemos pensar las patologías capitalistas de la época actual a la luz del concepto freudiano de superyó? La metodología será la identificación de referencias en ciertas producciones importantes de Freud guiados por un recorrido cronológico y por la teoría fundamentada de psicoanalistas contemporáneos. Se concluye que el capitalismo es el superyó de la cultura actual.

Palabras clave: imperativo categórico, superyó, goce, sentimiento de culpa, capitalismo

Abstract

This work has a double objective. First, to differentiate two aspects of the conception of the superego in Freud's work. Second, articulate the second aspect with the clinic of hypermodern symptoms. We consider it extremely important to broaden the perspective of the concept of the superego in its second aspect, given that its relations to the feeling of guilt, to primary masochism, to the negative therapeutic reaction and to the latest theory of anguish refer to the coordinates of the hyperconsumption of society. hypermodern. The axis of this articulation will be the path taken by the concept proposed by Kant of the categorical imperative, which Freud articulates with the superego and which Lacan ties to jouissance, which produces symptoms more linked to compulsion than to repression, as we had at the beginning. the last century. Thus, the question that we ask ourselves and that we will try to answer is: how does the second aspect of the concept of superego in Freud's work prove to be valid in the clinical expression of hypermodernity? Question that could be replaced by this other: how can we think about the hypermodern pathologies of the current era in the light of the Freudian concept of superego? The methodology will be the identification of references in certain important productions of Freud guided by a chronological journey and by the theory based on contemporary psychoanalysts who have worked on the symptoms of hypermodernity. It is concluded that hypermodernity is the superego of current culture.

Key words: categorical imperative, superego, jouissance, feeling of guilt, capitalism

Introducción

En la obra de Freud no hay un escrito específico sobre “El superyó”. A lo largo de su obra Freud va dando referencias relacionadas a esta instancia psíquica que luego de 1920 adquiere su nombre. Antes se encuentran dispersas por lo cual fue preciso un trabajo de ordenamiento del que surgieron dos concepciones que en este escrito vamos a presentar vislumbrando la razón por la cual Freud necesita agregar una segunda concepción y proponemos leer con los aportes de Lacan. Finalmente, relacionaremos el superyó con la forma de presentación del sufrimiento de nuestra época capitalista.

Primera vertiente del superyó en la obra de Freud

Esta primera vertiente comprende los años de la producción de Freud hasta 1920. El superyó aún no es nombrado como tal, pero puede decirse que nace en la obra freudiana “como una instancia normativizadora, ligada a la instauración de la prohibición del incesto y la represión de la tendencias agresivas” (Gómez, 2016, p. 241). Al mismo tiempo, también existe, dice Freud en “La interpretación de los sueños”, una satisfacción en autocastigarse, una satisfacción que el soñante obtiene en el desprendimiento de displacer, que llama sueños de angustia o sueños punitivos.

[...] puede suceder que el yo durmiente participe con mayor amplitud en la formación del sueño, reaccione con violenta indignación frente a la satisfacción procurada del deseo reprimido y aun ponga fin al sueño mediante la angustia. No es difícil entonces reconocer que los sueños de displacer y los de angustia son cumplimientos de deseo, en el sentido de nuestra teoría, con igual título que los sueños de satisfacción lisa y llana. Los sueños de displacer pueden ser también «sueños punitivos». Ha de concederse que admitiéndolos se agrega en cierto sentido algo nuevo a la teoría del sueño. Lo que con ellos se cumple es igualmente un deseo inconciente, el de un castigo del soñante a causa de una moción de deseo no permitida, reprimida. (2012c, p. 549-550).

Como podemos notar, muy temprano en su elaboración Freud sostiene su hipótesis auxiliar (sabemos que la hipótesis central era el principio de placer) de que una fuente independiente de displacer, independiente en el sentido de lo que está desprendido de toda posibilidad de traducción, es la raíz de esta moralidad severa que implica un modo de satisfacción. Así, desde 1900 aparece planteada la satisfacción paradójica entre la realización de la moción de deseo reprimido y su prohibición. Freud localiza en lo preconciente un componente determinante en los sueños y en los síntomas que tiende a prohibir la realización y la toma de conciencia de los deseos reprimidos, que tiende a revisar los deseos inconcientes y que castiga al sujeto.

El síntoma no es la mera expresión de un deseo inconciente realizado; tiene que agregarse todavía un deseo del preconciente que se cumpla mediante el mismo síntoma, de suerte que este resulte determinado *por lo menos* doblemente, una vez por cada uno de los sistemas que intervienen en el conflicto. Lo mismo que en el sueño, no hay barrera alguna para una mayor sobredeterminación. La determinación que no proviene del *Icc* es, hasta donde yo veo, por regla general un itinerario de pensamiento de reacción frente al deseo inconciente, por ejemplo, un autocastigo. (2012c, p. 561)

Más adelante en su teorización, ya en 1913, texto “El interés por el psicoanálisis”, va a continuar esta alianza entre deseo y castigo, diciendo que de ahí surge un sentimiento de culpa que lleva a la angustia: “el intenso sentimiento de culpabilidad que gobierna a tantas neurosis se revela como la modificación social de la angustia neurótica” (2011c, p. 190). Es decir, asocia sentimiento de culpa con angustia. En ese año también escribe el texto “Tótem y tabú”, donde trabaja la culpa como un residuo de la humanidad. Dice que la historia primordial de la humanidad está llena de asesinatos. Todavía hoy lo que nuestros niños aprenden en la escuela como historia universal es, en lo esencial, una seguidilla de matanzas de pueblos. El oscuro sentimiento de culpa asedia entonces a la humanidad desde tiempos primordiales.

Freud extrae de esta justificación una culpa de sangre que la humanidad ha echado sobre sus espaldas. Esto desentraña esa deuda como la naturaleza de una antigua culpa, que tiene el ser humano en el ámbito inconciente de su alma. Como consecuencia, la existencia depende de la muerte de otros. Muchas religiones han condensado la culpa en la historia del Hijo de Dios que debió ofrendar su vida para limpiar a la humanidad del pecado original. Lo que refiere Freud es que ese pecado ha sido una muerte, un asesinato. Sólo esto pudo exigir como expiación el sacrificio de una vida. Y si el pecado original fue un

agravio contra Dios Padre, el crimen más antiguo de la humanidad tiene que haber sido un parricidio, la muerte del padre primordial de la horda primitiva, cuya imagen en el recuerdo fue después transfigurada en divinidad y su consecuencia fue un residuo paradójico: la culpa mortificante, es decir la muerte propia en lo más hondo del ser como base de la propia existencia.

De esta conciencia de culpa Freud hace derivar una angustia de muerte que nos domina más a menudo de lo que pensamos. A su vez, la conciencia de culpa deviene de la prohibición para miembros del mismo tótem de mantener vínculos sexuales recíprocos, es decir que no tengan permitido casarse entre sí. De la prohibición a la conciencia de culpa y de la conciencia de culpa a la angustia.

La prohibición es la exogamia conectada con el tótem: si algún miembro transgrede esa ley primordial, que Freud llama conciencia moral, no solo se le aplica automáticamente un castigo al culpable, como ocurre con las otras prohibiciones totémicas (p. ej., la de matar al animal totémico), sino que la tribu entera se cobra esa transgresión de la manera más enérgica, liberando sus más hondos deseos agresivos contra el culpable, como si fuera preciso defender a la comunidad toda de un peligro que amenaza o de una culpa oprimiente. Así, a partir de la salvaje conciencia moral asociada al tabú surge una horrorosa conciencia de culpa.

Freud se pregunta a qué le llamamos conciencia moral y responde que “pertenece a aquello que se sabe con la máxima certeza” (2011a, p. 73). La conciencia moral se define como la percepción interior que le señala al sujeto que debe desestimar determinadas mociones de deseo. Se trata de una exigencia al sujeto de que desestime ciertas mociones de deseo sin mediar razón alguna, sin justificación, es decir una desestimación que se presenta caprichosa y tirana.

Conciencia moral es la percepción interior de que desestimamos determinadas mociones de deseo existentes en nosotros; ahora bien, el acento recae sobre el hecho de que esa desestimación no necesita invocar ninguna otra cosa, pues está cierta *{gewiss}* de sí misma. Esto se vuelve todavía más nítido en el caso de la conciencia de culpa, la percepción del juicio adverso *{Verurteilung}* interior sobre aquellos actos mediante los cuales hemos consumado determinadas mociones de deseo. (p. 73).

Es decir, prohibición, conciencia moral y sentimiento de culpabilidad se relacionan con la angustia:

[...] tiene que llamarnos la atención que la conciencia de culpa posea en buena parte la naturaleza de la angustia; sin reparos podemos describirla como «angustia de la conciencia moral». Ahora bien, la angustia apunta a fuentes inconcientes; y la psicología de las neurosis nos ha enseñado que si unas mociones de deseo caen bajo la represión, su libido es mudada en angustia. Además, recordemos que también en la conciencia de culpa hay algo desconocido *{unbekannt}* e inconciente, a saber, la motivación de la desestimación. A eso desconocido, no consabido, corresponde el carácter angustioso de la conciencia de culpa. (p. 74).

En 1914, texto “Contribución al movimiento psicoanalítico”, Freud da cuenta del sentimiento de culpa como proveniente de una nueva disputa que ya no es entre los deseos sexuales y la educación, sino entre los mandatos de la vida, Freud le llama “tareas de la vida”, y la inercia. A estos mandatos de la vida Freud los pone en línea con la potencia de las pulsiones.

El conflicto entre aspiraciones eróticas desacordes con el yo *{ichwidrig}* y la afirmación del yo fue remplazado por el conflicto entre la «tarea de vida» y la «inercia psíquica»; el sentimiento neurótico de culpa correspondió al reproche que el individuo se hace por no haber cumplido su tarea de vida. De tal modo se creó un nuevo sistema ético-religioso que, lo mismo que el de Adler, se vio forzado a reinterpretar, desfigurar o dejar de lado los resultados del análisis. En realidad no fue sino esto: de la sinfonía del acaecer universal se alcanzaron a escuchar sólo un par de acordes culturales y se desoyó de nuevo la potente, primordial melodía de las pulsiones. (2012d, p. 60).

En “Introducción del narcisismo”, también de 1914, amplía esta idea. Dice que desde el ideal del yo parte un componente individual y otro componente social. El componente social coincide con el ideal común de una familia, de un estamento, de una nación. La insatisfacción por el incumplimiento de ese ideal libera una parte de libido que se muda en conciencia de culpa, que Freud llama en ese momento angustia social. “La conciencia de culpa fue originariamente angustia frente al castigo de

parte de los padres; mejor dicho: frente a la pérdida de su amor; después los padres son remplazados por la multitud indeterminada de los compañeros” (2012e, p. 98). La conciencia moral es aquí una encarnación de la crítica parental hacia las mociones de deseo, crítica agenciada por las voces escuchadas por el sujeto a las que posteriormente se le suman las voces de los educadores, maestros, sacerdotes, y demás personas del medio (Gómez, 2016).

Estas voces para el sujeto van constituyendo lo que Freud llama “enjambre indeterminado”. Indeterminado porque el sujeto no sabe la determinación de la que provienen esas voces, solo siente el efecto represivo de tal agencia crítica. El incumplimiento de aquel componente social del ideal del yo compuesto por voces indeterminadas se vuelve agravio al yo, se vive como una frustración, una insatisfacción en el ámbito del ideal del yo que causa, según la hipótesis de Freud, la involución de las sublimaciones, la paranoia y la parafrenia. Con lo cual se deja entender una preciosa orientación clínica: que el ideal del yo es la parte de la conciencia moral que se articula a la sublimación.

En 1915, texto “Lo inconciente”, va a decir que el ser humano siente ese sentimiento de culpa, se siente como todo sentimiento, y solo después se puede tener noticia, pero primero se siente, es decir primero sorprende. Por eso va a asociar conciencia de culpa a lo inconciente y va a darle nombre de angustia inconciente. El nombre de la angustia es la combinación entre culpa e inconsciente.

[...] el hecho de que un sentimiento sea sentido, y, por lo tanto, que la conciencia tenga noticia de él, es inherente a su esencia. La posibilidad de una condición inconciente faltaría entonces por entero a sentimientos, sensaciones, afectos. Pero en la práctica psicoanalítica estamos habituados a hablar de amor, odio, furia, etc., inconcientes, y aun hallamos inevitable la extraña combinación «conciencia inconciente de culpa» o una paradójica «angustia inconciente». ¿Tiene este uso lingüístico mayor significado aquí que en el caso de la «pulsión inconciente»? (2012f, p. 173).

En 1916, texto “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo analítico”, apartado “Los que fracasan al triunfar”, recuerda la tesis de que los seres humanos enferman de neurosis a consecuencia de la frustración (denegación) de una satisfacción real. La neurosis significa conflicto entre los deseos libidinosos y aquella parte de que llamamos «yo». El yo es expresión de las pulsiones de autoconservación e incluye los ideales del propio ser. Cuando la libido quiere lanzarse por caminos y en pos de metas que el yo hace tiempo ha prohibido para todo el porvenir, camino libidinoso que no es acorde con el yo, ahí se produce la privación, la frustración de una satisfacción real, que se convierte en la condición primera para la génesis de la neurosis (Freud, 2012g).

Lo novedoso de este texto es que va a plantear la antítesis de esto, va a decir que el ser humano enferma de neurosis no por la frustración, sino por el cumplimiento de un deseo largamente esperado. Es la tesis opuesta. Si la enfermedad neurótica devenía de la privación de un deseo libidinoso, en este texto la neurosis deviene de la satisfacción de un deseo hondamente arraigado y por mucho tiempo perseguido. “Parece como si no pudieran soportar su dicha” (p. 323). Y da dos ejemplos.

El primero, una mujer que fue criada con valores de familia escapa de su casa paterna con ganas de vivir, rodando de aventura en aventura, no pudiendo estabilizar sus vínculos sociales, hasta que conoció a un hombre, artista, que supo apreciar sus encantos de mujer, la alojó en su casa por un buen tiempo hasta que el hombre estuvo dispuesto a hacerla una mujer ante la ley. En ese momento ella empezó a resistirse, a negarse al hombre, se sintió perseguida por los parientes de él que querían incorporarla a la familia, fue presa de unos celos absurdos que llegaron hasta estorbarle al hombre su trabajo artístico y bloquearle toda vida social, contrayendo una grave neurosis.

El segundo ejemplo, un hombre respetable, profesor universitario, que había alimentado durante muchos años el comprensible deseo de convertirse en sucesor de su maestro, el que lo había introducido en la ciencia. “Cuando, tras el retiro de aquel anciano, los colegas le comunicaron que lo habían elegido a él, y a ningún otro, como su sucesor, empezó a intimidarse, empujéñeció sus méritos, se declaró indigno de desempeñar el puesto que se le confería y cayó en una melancolía que durante algunos años lo inhabilitó para cualquier actividad” (p. 324).

En ambos casos, la contracción de la enfermedad subsigue al cumplimiento del deseo. Se trata de la aniquilación del placer. “El trabajo analítico nos muestra fácilmente que son *podere*s de la conciencia moral los que prohíben a la persona extraer de ese feliz cambio objetivo el provecho largamente esperado” (p. 325). Tendencias correctoras y punitivas a menudo nos sorprenden aún allí donde no esperaríamos hallarlas. El sentimiento de culpa se levanta con toda su fuerza sobre el Yo cuando

el Yo se entera de que algo de su deseo que tendría que permanecer reprimido ha sido satisfecho. Si antes la enfermedad se daba por la frustración del deseo a consecuencia de su sofocación, ahora la enfermedad se da por el cumplimiento del deseo, es decir por el deseo llevado al éxito al que le sigue el levantamiento de unas intensas fuerzas de la conciencia moral. Este cambio teórico se explica por el descubrimiento de la conciencia moral producto de que la anterior teoría no le permitía comprender la clínica.

En el apartado “Los que delinquen por conciencia de culpa” del mismo texto añade que algunas personas cometen actos inmorales o delictivos no porque sus inhibiciones morales estuvieran débiles en los años de infancia, sino porque a su ejecución iba unido cierto alivio anímico. Sucede que el ser humano sufre de “una acuciante conciencia de culpa, de origen desconocido, y después de cometer una falta esa presión se aliviaba. Por lo menos, la conciencia de culpa quedaba ocupada de algún modo” (2012h, p. 338). Si el alivio adviene por ocupar la conciencia de culpa entonces su desligadura es lo que produce el dolor, la presión dada por la ignorancia del origen de tal acuciante conciencia de culpa. El martirio que produce el sentimiento de culpa es aliviado cuando este consigue ser fijado a un hecho. Este esclarecimiento de que la conciencia de culpa preexistía al acto inmoral es fundamental para entender la clínica. La conciencia de culpa no procede del hecho inmoral o acto delictivo cometido, no es que a la persona le venga la culpa por haber hecho algo prohibido, sino que, a la inversa, el hecho inmoral cometido proviene de la conciencia de culpa. Freud da cuenta de que el sujeto, a partir del padecimiento del sentimiento de culpa, puede transformarse en criminal para aliviar ese sentimiento de culpabilidad que permanece independiente, aislado, sin encadenamiento, lo cual da una orientación clínica preciosa.

Freud tiene la hipótesis del origen ancestral de esta conciencia de culpa, pues la ubica en la existencia que tuvieron en lo inconsciente los intensos deseos incestuosos, matar al padre y tener comercio sexual con la madre, parricidio e incesto, los dos grandes delitos de la historia de la humanidad que en sociedades primitivas son perseguidos y abominados como tales. “Quien los contraviniera se hacía culpable de los únicos dos crímenes en los que toma cartas la sociedad primitiva” (Freud, 2011a, p. 145). Las transgresiones contra las sagradas leyes de la sangre, las transgresiones contra las leyes de hierro, son en la sociedad primitiva los únicos crímenes de los que toma conocimiento la comunidad como tal. Esa pesada historia explica su vínculo con la muerte y su ferocidad moral.

El superyó instala al sujeto en la cultura, concepción articulada a la prohibición del parricidio y del incesto, en lo cual la representación del padre queda ligada a la castración; la internalización de la ley produce efecto de castración independientemente de la presencia del padre. Es decir, el padre se representa en la acción independiente y autónoma de la conciencia moral. De estos dos tabúes, el más importante es el parricidio. La muerte al padre ha sido efectuada en lo inconsciente dice Freud. El padre de la horda primitiva, el padre que tiene a todas las mujeres, el padre gozador, el padre exitoso, hiperpoderoso, es un padre eliminado. El padre de la horda hace que a los hijos no les quede otra alternativa que erigir la ley del incesto lo cual obliga a los hijos a la renuncia de los deseos, a prohibir su deseo, a no poder con las mujeres que a ellos les gustarían y como tal es un padre eliminado. El padre eliminado es un deseo realizado en lo inconsciente, pero insoportable a nivel consciente. Escuchamos en la clínica a pacientes que dirigen sentimientos de odio a su padre, que no le perdonan siquiera una mínima insuficiencia. De ese componente inconsciente sobreviene una conciencia de culpa insoportable para el yo.

La insoportable tentación de darle muerte al padre se reemplaza, podríamos decir se trata, con el tótem a quien el sujeto le debe su respeto. El tótem permite que el sujeto pueda apaciguar su ardiente sentimiento de culpa mientras consigue la reconciliación con el padre. Ese es el fundamento de muchas religiones. El tótem vendría a ser el reemplazo del padre hiperpoderoso, padre insoportable, por un padre totémico, respetable, en el cual el sujeto encontraría la calma, la seguridad, la protección que le ponga tope a la tentación de matar al padre.

El sistema totemista era, por así decir, un contrato con el padre, en el cual este último prometía todo cuanto la fantasía infantil tiene derecho a esperar de él: amparo, providencia e indulgencia, a cambio de lo cual uno se obligaba a honrar su vida, esto es, no repetir en él aquella hazaña en virtud de la cual había perecido (se había ido al fundamento) el padre verdadero. (2011a, p. 146).

Freud va encontrando que la conciencia de culpa es un poder anímico que enferma a las personas. Y va a decir que cuanto más marcada haya sido la represión del padre, tanto más riguroso devendrá el imperio de esta conciencia moral como sentimiento

inconsciente de culpa que ataca de manera incesante al Yo. Sin embargo, esta idea será replanteada en 1933, “31ª conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica”, donde dice que independientemente de la tenacidad de la educación, la vertiente sádica del superyó igual se formará.

Si los padres ejercieron de hecho un severo gobierno, creemos lógico hallar que también en el niño se ha desarrollado un superyó severo, pero la experiencia enseña, contra nuestra expectativa, que el superyó puede adquirir ese mismo carácter de rigor despiadado aunque la educación fuera indulgente y benévola, y evitara en lo posible amenazas y castigos. (2006c, p. 58)

También en 1940, texto “Esquema del psicoanálisis”, dice que “el superyó a menudo despliega una severidad para la que los progenitores reales no han dado el modelo” (2006e, p. 207). Así, Freud concibe la conciencia de culpa como un resabio de la sociedad primitiva, independiente de la modalidad como se haya dado la instancia parental, un resabio que aún no se ha extinguido. Lo novedoso en estos años previos a 1920 es que esa conciencia de culpa es el núcleo de la neurosis y no una consecuencia de hechos cometidos o un mecanismo de prevención de hechos por cometerse. Lo que halla Freud y que podemos hallar en la clínica actual es que esa conciencia de culpa es la creadora de impulsos, mociones de sentimiento que piden el mal, pero que fueron coartados en su ejecución.

En resumen, esta primera vertiente del superyó (que aún no ha sido nombrado como tal) tiene la función de cuidar, de proteger al sujeto, de censurarlo y así mantenerlo vivo en la cultura, de privarlo de los excesos que podrían expulsarlo de la vida en sociedad y de preservar la especie humana. Es la idea de una ley ligada a la socialización que funciona a partir de un intenso sentimiento de culpa. Como dice Lacan, “lo que estaba afuera se convierte en el adentro, lo que era el padre se convierte en el superyó” (2012c, p.

251). Así, el “superyó apareció primero en la historia de la teoría freudiana en forma de censura” (p. 289).

Segunda vertiente del superyó en la obra de Freud

En esta segunda vertiente el concepto de superyó gira lo inconsciente en la vía del sadismo. Como bien dice Gómez (2016), “el superyó es uno de los nombres del inconsciente, pero no es el inconsciente como sorpresa, al modo del lapsus, ni es un inconsciente divertido como en el chiste, ni el de algunos actos fallidos” (p. 241). Se trata del inconsciente como ley en la cual quedan enlazados castigo y satisfacción; es el inconsciente del lado del masoquismo y del empuje al sufrimiento. “Freud lo introduce en la teoría psicoanalítica con el fin de dar cuenta de la coacción que ejerce sobre el sujeto y de lo que lo hace padecer” (p. 241).

Según Oscar Masotta (cit. Delgado, 2012), Freud en 1920 introduce la pulsión de muerte para otorgar estatuto teórico a la agresión, las tendencias agresivas, el odio, el sadismo. “Así, lo que está en juego es la tendencia del sujeto al sufrimiento, al dolor, el autocastigo, el sadismo vuelto hacia la propia persona, el autodesprecio, la persistencia en el fracaso, dicho de otro modo” (p. 198). La necesidad de castigo habla de una división del sujeto contra sí mismo. De manera que “la clínica analítica es una clínica que opera en relación con la pulsión de muerte” (p. 198). Así, en el texto “Más allá del principio de placer”, Freud presenta aquella conciencia moral que venía trabajando como instancia crítica del Ideal del yo asociada al deseo de morir. Incluso los sueños de punición se tratan de sueños donde se cumple un deseo, el de ser criticado, el de ser castigado.

Si se tiene en cuenta el justificado supuesto de la existencia en el yo de una instancia especial de crítica y observación de sí (el ideal del yo, el censor, la conciencia moral), también a estos sueños de punición debería subsumírseles en la teoría del cumplimiento de deseo, pues figurarían el cumplimiento de un deseo proveniente de esa instancia crítica. (2012i, p. 5).

Freud se refiere al cumplimiento del reclamo punitivo del superyó. De modo que el ser humano encontraría satisfacción en esta instancia crítica que corresponde al ideal del yo, que se hereda del narcisismo originario en el que el yo infantil se contentaba a sí mismo para luego tomar las exigencias del medio. El estudio de la melancolía le permite a Freud darse cuenta de que la división del sujeto, descompuesto en dos fragmentos, puede ser en algunos casos demasiado cruel, en lo cual uno de

los fragmentos arroja su furia sobre el otro. En la melancolía este otro fragmento que recibe la furia es el alterado por introyección, que incluye al objeto perdido. Y el fragmento que se comporta tan cruelmente incluye a la conciencia moral, una instancia crítica del yo, "que también en épocas normales se le ha contrapuesto críticamente, sólo que nunca de manera tan implacable e injusta" (2012j, p. 103).

Tres años más adelante, en 1923, Freud escribe su última gran obra teórica, "El yo y el ello". En este texto por primera vez introduce el término superyó (*Über-Ich*). Siguiendo a Gómez (2016), esto va a ser la báscula para la nueva tópica que ya había comenzado en 1920. Freud va a empezar a pensar este concepto de superyó ligado a algo más que a la socialización, a algo más que a la ligadura del sujeto a la cultura. El superyó como socialización permite al sujeto escapar de la psicosis, acatar reglas, y tener una vida en sociedad. Pero, este concepto tiene todavía algo más.

Freud presenta este término mientras lo hace desaparecer del título del texto. Titula "El Yo y el Ello". No está el término Superyó. La esencia de este texto es precisamente el escondite del Superyó. Es que Freud (2007a) nos enseña que investiduras del Ello que fueron resignadas se comportarán como una instancia particular dentro del Yo, pero no como identificaciones, sino contraponiéndose a éste como superyó. Así, el superyó desciende de las investiduras de objeto del ello y por lo tanto son agresivas, porque no tienen límite, no tienen tamiz, no tienen censura, de ahí proviene el superyó, de esa instancia del ello, y no del yo como se tenía en la primera concepción.

Freud nos muestra que el superyó deriva de la transformación de las primeras investiduras de objeto del niño en identificaciones; ocupa el sitio del complejo de Edipo, reemplazando una investidura de objeto por una identificación con lo cual se produce la introyección del objeto, que será la sede de las mociones tiránicas provenientes del sentimiento de culpa. El Superyó entonces hunde sus raíces en las investiduras resignadas del Ello que por tanto someten al Yo a su voluntad de satisfacción.

Ahora bien, descender de las primeras investiduras de objeto del ello, y por tanto del complejo de Edipo, significa para el superyó algo más todavía. Como ya hemos consignado, lo pone en relación con las adquisiciones filogenéticas del ello y lo convierte en reencarnación de anteriores formaciones yoicas, que han dejado sus sedimentos en el ello. Por eso el superyó mantiene duradera afinidad con el ello, y puede subrogarlo frente al yo. Se sumerge profundamente en el ello, en razón de lo cual está más distanciado de la conciencia que el yo. (p. 49-50).

El Superyó mantiene una ligadura permanente con el Ello, se sumerge profundamente en el Ello, participando de sectores en el Yo, pero alejado de la conciencia. Una parte del superyó nunca va a ser del todo censurada, una parte no va a pasar por la representación inconsciente y empujará hacia la satisfacción según la repetición de la experiencia traumática. Mientras que la satisfacción enlazada a la crueldad de la instancia crítica se explica por su descendencia de las primeras investiduras de objeto del Ello que fueron resignadas, residuo de las primeras elecciones de objeto del ello y es a la vez "una enérgica formación reactiva frente a ellas" (p. 36).

El superyó conservará el carácter del padre, y cuanto más intenso fue el complejo de Edipo y más rápido se produjo su represión (por el influjo de la autoridad, la doctrina religiosa, la enseñanza, la lectura), tanto más riguroso devendrá después el imperio del superyó como conciencia moral, quizá también como sentimiento inconsciente de culpa, sobre el yo. (p. 36).

Freud va a asociar este superyó con el concepto de imperativo categórico de Kant. Se pregunta: "¿De dónde extrae la fuerza para este imperio, el carácter compulsivo que se exterioriza como imperativo categórico?" (p. 49), que va a la par de esta otra pregunta "¿Cómo es que el superyó se exterioriza esencialmente como sentimiento de culpa (mejor: como crítica; sentimiento de culpa es la percepción que corresponde en el yo a esa crítica), y así despliega contra el yo una dureza y severidad tan extraordinarias?" (p. 53). Para responder utiliza lo que descubrió de la melancolía. Explica que la pulsión de muerte motoriza la severidad de este sentimiento inconsciente de culpa. Entonces dice que en la melancolía hallamos

que el superyó hiperintenso, que ha arrastrado hacia sí a la conciencia, se abate con furia inmisericorde sobre el yo, como si se hubiera apoderado de todo el sadismo disponible en el individuo. De acuerdo con nuestra concepción del sadismo, diríamos que el componente destructivo se ha depositado en el superyó y se ha vuelto hacia el yo. Lo que ahora gobierna en el superyó es como un cultivo puro de la pulsión de muerte, que a menudo logra efectivamente

empujar al yo a la muerte, cuando el yo no consiguió defenderse antes de su tirano mediante el vuelco a la manía. (p. 52).

Como dice Delgado (2014), se trata de una satisfacción despiadada que empuja al sujeto a lo peor, por ejemplo queriendo ser mejor de lo que en realidad puede ser o exigiendo a los humanos que sean mejores de lo que su naturaleza les permite, cosas que conducen a lo peor. Es por eso que el superyó tiene un valor sádico, y su ley imperativa es una satisfacción de lo más poderosa. Lo que descubre Freud es que la expresión mayor de la instancia superyoica la encontramos ya no en la neurosis, sino en la psicosis, particularmente en la psicosis melancólica. En ella, el sujeto, además de la depresión total en la que vive, padece lo que se llama núcleo de indignidad: se la pasa diciendo “soy una basura”, “soy una porquería”, “usted (el analista o psiquiatra) pierde su valioso tiempo ocupándose de algo tan despreciable como yo”. Es casi imposible hacer algo con esa psicosis, ya que su superyó le dice todo el tiempo que es una basura. No es que se siente mal y que por momentos sea una basura, como en la neurosis. La neurosis obsesiva se defiende hostigando al objeto, mientras que en la melancolía el sujeto incorpora al objeto en el yo, y la hostilidad recae sobre el propio yo y desaparece el objeto como tal.

Las peligrosas pulsiones de muerte pueden tornarse inofensivas y silenciosas por mezclarse con componentes eróticos, o pueden desviarse hacia afuera como agresión, pero en buena parte prosiguen su trabajo interior sin ser obstaculizadas. La severidad en la prosecución interior de la pulsión de muerte descende del poderoso reclamo de la conciencia moral, la única autoridad inatacable en la vida anímica al haber nacido en el comienzo por una sofocación de la agresión hacia el objeto que ahora se vuelve contra el yo. Uno de los dos caminos por los cuales el ello puede penetrar en el yo es a través del ideal del yo, instancia dentro del superyó. Y esto conviene tenerlo muy claro en la dirección de una cura. Hay analistas que se afanan de intervenciones totalmente superyoicas. Tienen efectos muy serios, de melancolización severo. Por ejemplo, una psicóloga que le pide a su paciente que deje de publicar su intimidad en el Instagram porque le va a seguir trayendo problemas. La paciente, de estructura neurótica, empieza a sentirse culpable, porque piensa que está mal lo que hace. El análisis comienza a tomar la forma de una pelea entre la paciente y su psicóloga. Una pelea es la clara evidencia de la confrontación de yo a yo. La psicóloga, por no haber explorado en las profundidades de su alma, interviene desde su propia persona pidiendo a la paciente que deje de hacer lo que no puede dejar de hacer, es decir intenta corregir el modo de gozar de su paciente, en vez de alojarlo. La psicóloga no puede soportar lo que esta paciente le trae y rápidamente intenta normalizarla. El efecto que produce en su paciente es de una culpa terrible. Es como si le dijera: “vos sos mala paciente porque no me obedeces”. Por supuesto que no va a obedecer, porque el análisis no se trata de que el paciente se identifique al ideal.

Ante la caída del analista ocupando el lugar del semblante, emerge en ocasiones la presencia del analista articulado al lugar del superyó. El síntoma se defiende –una resistencia a la curación– y el sujeto considera la cura como un nuevo peligro.

(Delgado, 2012, p. 191).

Estas intervenciones son muy peligrosas. Freud nos deja bien claro que el superyó es la expresión de las más potentes mociones y los más importantes destinos libidinales del ello. Mediante su institución el yo se somete al ello. Y lo resume así: “El ello es totalmente amoral, el yo se empeña por ser moral, el superyó puede ser hipermoral y, entonces, volverse tan cruel como únicamente puede serlo el ello” (p. 54-55).

La crueldad del superyó es explicada por Freud debido a la desmezcla pulsional. Es que primero la pulsión de muerte se manifiesta como autoagresión. Solo la pulsión de vida, el Eros, se encargará luego de que la pulsión de muerte no se dirija contra el propio yo y proteja al ser vivo de su autodestrucción. Los componentes fálicos permiten la mezcla o la ligadura de la pulsión de muerte, es decir permiten la ligadura deseo-pulsión. La pulsión de muerte no ligada queda como el fundamento de la angustia traumática. Cuando se produce una conmoción de la mezcla pulsional surge la prevalencia de la pulsión de muerte, ocasiona una disimetría entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte. “En la desmezcla pulsional entonces caen los componentes fálicos, y el sujeto queda a merced del empuje de la pulsión de muerte que es capitalizado por el superyó produciéndose la desexualización o deslibidinización” (Delgado, 2012, p. 123). Por eso, Freud explica que la desmezcla de pulsiones, es decir la separación de la libido narcisista y la libido de objeto, libera dentro del superyó el componente destructivo que permanecía aliado al componente erótico cuando se sostenía la mezcla de pulsiones. O sea el amor que iba al yo por la vía

del objeto se desmezcla en agresión. Así, el castigo no viene de una persona, sino del superyó, instancia suprapersonal, más allá de la persona de quien sea, y se convierte en la más alta moral, la esencia superior del ser humano, de donde provienen los reproches hacia el yo.

El superyó se ha engendrado, sin duda, por una identificación con el arquetipo paterno. Cualquier identificación de esta índole tiene el carácter de una desexualización o, aun, de una sublimación. Y bien; parece que a raíz de una tal trasposición se produce también una desmezcla de pulsiones. Tras la sublimación, el componente erótico ya no tiene más la fuerza para ligar toda la destrucción aleada con él, y esta se libera como inclinación de agresión y destrucción. Sería de esta desmezcla, justamente, de donde el ideal extrae todo el sesgo duro y cruel del imperioso deber-ser. (Freud, 2007a, p. 55).

El yo queda como una pobre cosa sometida a la severidad del superyó, lo cual genera una variedad de angustia, puesto que la severidad del superyó se vuelve un peligro para el yo. "Entre los vasallajes del yo, acaso el más interesante es el que lo somete al superyó" (p. 57). Entre el yo y el superyó es donde se juega la angustia de muerte o la angustia de la conciencia moral. Ahora, con el descubrimiento del sentimiento inconsciente de culpa, el ser humano "no sólo es mucho más inmoral de lo que cree, sino mucho más moral de lo que sabe" (p. 54); "cuanto más suprime el sujeto sus instintos, es decir, si se quiere, cuanto más moral es su conducta, más el superyó exagera su presión y más severo, exigente e imperioso deviene" (Lacan, 2012c, p. 290). Lo cual es una observación clínica considerable para comprender los fenómenos actuales.

En 1954, Seminario 1, Lacan (2012c) concibe al superyó como la ley insensible que desconoce la ley social como tal. "El superyó tiene relación con la ley, pero es a la vez una ley insensata, que llega a ser el desconocimiento de la ley" (p. 161). De modo que el superyó es a la vez la ley y su propia destrucción. Esa es la paradoja que se descubre en la vida anímica cuando Freud concibe la segunda vertiente del superyó. No es solamente el deber ser, el sistema de valores; el sujeto se apega a algo que no colabora en su bienestar, acaba por identificarse a lo devastador, a lo que lo hace sufrir, a las primeras figuras fascinantes de la experiencia del sujeto, las que prohibieron sus tendencias, acaba por identificarse a la figura feroz dice Lacan, "a las figuras que podemos vincular con los traumatismos primitivos, sean cuales fueren, que el niño ha sufrido" (p. 161).

Así, el concepto de Superyó es una paradoja: es lo que da la ley para vivir en armonía, pero al mismo tiempo es la ley que empuja a romper la armonía. El sujeto incorpora en su vida normas morales, y eso mismo lo apega a la pulsión de muerte. El superyó instaura un sentido benevolente, que permite al sujeto renunciar a la satisfacción total de su satisfacción y ceder una parte de ella para el encuentro con el Otro y así poder vivir en la cultura, pero al mismo tiempo el superyó comanda otro sentido que es maligno, que se convierte para el sujeto en un imperativo a gozar del deber ser más allá de todo límite.

Un paciente que cortó con la novia, mientras pasaba por un duelo que no quería ver, se escuchaba decir en su tristeza que extrañaba a su novia y explicaba que a él lo angustia estar solo, pero de inmediato se imponía a sí mismo: "tengo que aprender a estar solo" porque las personas le dicen que él no sabe estar solo. Este es el superyó, la exigencia que conduce al sujeto a la angustia. Sabemos por Freud que a mayor renuncia de satisfacción pulsional, mayor severidad del superyó. "A cada renuncia de satisfacción le corresponde mayor incremento en la severidad superyoica" (Delgado, 2012, p. 194).

En esta segunda vertiente el superyó ya no es totalmente heredero del complejo de Edipo, de los diques anímicos luego de la represión, sino que una parte del superyó es la reencarnación de anteriores formaciones yoicas, antes de la etapa del narcisismo, antes de la formación del yo, que deja un sedimento del ello; es el salvajismo que queda como residuo, eso es el superyó, un remanente, un resto vinculado al ello. Freud asocia esta cualidad del superyó a la reacción terapéutica negativa.

La reacción terapéutica negativa es una extraña respuesta desde lo inconsciente que se resiste a la curación. Freud descubre que si el analista le da esperanzas a los pacientes y les muestra contento por la marcha del tratamiento, parecen insatisfechos y por regla general su estado empeora. Una voluntad en ellos va contra el progreso de la cura, se opone a la mejoría. "Toda solución parcial [...] les provoca un refuerzo momentáneo de su padecer; empeoran en el curso del tratamiento, en vez de mejorar. Presentan la llamada reacción terapéutica negativa" (2007a, p. 50). Lo que prevalece en esta reacción no es la voluntad de curación, sino la necesidad de estar enfermo, el aferramiento a la ganancia de la enfermedad, lo que Freud va a asociar con el componente mortífero del superyó.

[...] se trata de un factor por así decir «moral», de un sentimiento de culpa que halla su satisfacción en la enfermedad y no quiere renunciar al castigo del padecer. [...] Ahora bien, ese sentimiento de culpa es mudo para el enfermo, no le dice que es culpable; él no se siente culpable, sino enfermo. Sólo se exterioriza en una resistencia a la curación, difícil de reducir. (p. 50).

La reacción terapéutica negativa no es transferencia negativa. La transferencia negativa es que un paciente dice me voy, se va, no vuelve más. En cambio, la reacción terapéutica negativa puede sostener a un paciente en ese dispositivo eternamente. Algunos analistas se ponen en ese lugar, pero otros analistas son puestos en ese lugar por parte del analizante. Esta reacción terapéutica negativa se produce cuando el analista pretende producir efectos terapeutizantes en el paciente, cuando sugestiona y pretende restablecer el equilibrio e ignora el tratamiento de otros asuntos. El aferramiento al padecimiento va ligado al factor moral, que halla su satisfacción en el sufrimiento y el sujeto se resiste a renunciar al padecimiento de la enfermedad. Mientras más el analista se ufana en querer curar más sobrevendrá esta reacción. Es como si el paciente se plantara y dijera al analista: "no le debo mi curación", "yo a usted no le debo mi salud".

Tal como dijo Freud, la reacción terapéutica negativa se explica por el componente del superyó que empuja a la persona en la vía de la satisfacción de permanecer enferma y en no querer renunciar a su padecer. Es la firme expresión de una condena del yo por su instancia crítica en su forma más severa. Esto es importante para la clínica porque la conducta del ideal del yo es la que decide la gravedad de una neurosis. Dicho de otra manera, la salud mental depende de la manera en que se haya conformado este superyó portador del fenómeno llamado conciencia moral. Si el superyó no se transmuta de manera correcta, este componente moral que lo caracteriza se presentará en exceso, de manera desligada, o sea no llega a la conciencia del enfermo, mientras ataca al yo con la misma severidad con la que un padre podría tratar a un hijo culpable. Esta idea de salud mental es algo que Freud deja muy claro en 1926, texto "¿Pueden los legos ejercer el análisis?", lo citamos:

Interesa mucho para la salud anímica que el superyó se haya conformado de manera normal, o sea, que haya devenido lo suficientemente impersonal. Es lo que no ha ocurrido en el caso del neurótico, cuyo complejo de Edipo no experimentó la transmutación correcta. Su superyó sigue contraponiéndose siempre a su yo como el padre severo al hijo, y su moralidad se afirma de manera primitiva: el yo se hace castigar por el superyó. La enfermedad es utilizada como un medio de ese «autocastigo»; el neurótico se ve forzado a comportarse como si lo gobernara un sentimiento de culpa que, para satisfacerse, precisara de la enfermedad en calidad de castigo. (2006b, p. 209).

En 1924, texto "El problema económico del masoquismo", Freud atribuye la peligrosidad que reside en el superyó a que éste descende de la pulsión de muerte. Es decir, la peligrosidad de este sentimiento de culpa reside en su carácter mudo, silencioso, inexpresable, absoluto. De ahí que la persona no se siente culpable, sino enferma de sus síntomas, ya sea en el cuerpo o sea en el pensamiento. No es algo que se pueda decir o pensar. Por ese carácter mudo el superyó en la transferencia muchas veces se opone al trabajo analítico. Es lo que Freud dice en 1925, texto "Inhibición, síntoma y angustia", donde concibe cinco tipos de resistencias con las que se topa en el análisis. La quinta es la más oscura, dice, se trata de la resistencia del superyó, "parece brotar de la conciencia de culpa o necesidad de castigo; se opone a todo éxito y, por tanto, también a la curación mediante el análisis" (2006a, p. 150). En 1926, texto "¿Pueden los legos ejercer el análisis?", afirma esta idea:

Llamamos «resistencias» del enfermo a todas las fuerzas que se oponen al trabajo de curación. La ganancia de la enfermedad es la fuente de una resistencia así; el «sentimiento inconciente de culpa» representa { *representieren* } la resistencia del superyó, y es el factor más importante y más temido por nosotros. (2006b, p. 209).

Por el texto "El problema económico del masoquismo" aprendemos que el erotismo queda ligado a la satisfacción en auto dañarse debido a la mezcla de pulsiones. Freud lo dice de esta manera:

Así, el masoquismo moral pasa a ser el testimonio clásico de la existencia de la mezcla de pulsiones. Su peligrosidad se debe a que descende de la pulsión de muerte, corresponde a aquel sector de ella que se ha sustraído a su vuelta hacia afuera como pulsión de destrucción. Pero como, por otra parte, tiene el valor psíquico (*Bedeutung*) de un

componente erótico, ni aun la autodestrucción de la persona puede producirse sin satisfacción libidinosa. (2007b, p. 176).

Ni aún la autodestrucción del sujeto puede producirse sin satisfacción libidinosa. Dicho de otra manera, la autodestrucción, la experiencia del dolor va ligada a la excitación y al erotismo. Por eso, Miller (cit. Grañó i Arcarons, 1997) sostiene que el masoquismo es el nombre más freudiano del goce. Por ejemplo, una paciente que sufre de que su novio nunca le responde como ella quisiera, que nunca la ayuda, insiste en que la escuche en las cosas feas que le pasan, en que la proteja, pero siempre se choca con que él no responde, pero lo que no aguanta es la desprotección, entonces le vuelve a llamar, se vuelve a encontrar con lo mismo, y así sucesivamente. Esta paciente en su vida ha sido la menos ayudada, la que entre sus hermanos nunca tuvo ayuda, siempre buscó por fuera sus recursos, y eso hace que hasta el día de hoy no pueda parar de trabajar. La desprotegida y la menos ayudada son sus formas de repetir la experiencia traumática, de repetir el dolor, al insistir el pedido a un Otro que no le responda o bien que le responda de manera tal que ella en lo inconsciente satisfaga la manera de castigarse, dejándose llevar por la satisfacción de ser no ayudada.

Esto es el sujeto masoquista: al provocar su castigo hace cosas en contra de su propio beneficio. Como explica Gómez (2016), esto se produce porque la reversión del sadismo se ha vuelto hacia la persona propia a raíz de la sofocación cultural de las pulsiones. Esa parte relegada de la pulsión de destrucción sale a la luz como masoquismo del Yo donde la destrucción que retorna del mundo exterior es acogida por el superyó, aumentando, así, su sadismo hacia el Yo. Si el yo no busca sustraerse de la crítica martirizadora del superyó es porque obtiene de ello una satisfacción.

Cuando hablamos de satisfacción no quiere decir placer. Satisfacción quiere decir que la pulsión llegó a su meta, que la pulsión de muerte fue eficaz. A diferencia del deseo que siempre es de otra cosa y que puede estar del lado de la fantasía. El gusto por satisfacer esa pulsión de agresividad, intrínseca en todo ser humano y sofocada de buen grado por la cultura, queda como conciencia de culpa. "Llamamos conciencia de culpa» a la tensión entre el superyó que se ha vuelto severo y el yo que le está sometido. Se exterioriza como necesidad de castigo" (Freud, 2011b, p. 119-120). La necesidad de castigo es la forma en que se exterioriza el sentimiento inconsciente de culpa, sentimiento con el cual comenzó la cultura y que es en el fondo una variedad tónica de la angustia frente al superyó.

Así, en este texto "El problema económico del masoquismo" Freud conceptualiza el masoquismo moral como resultado de las relaciones entre el superyó con el sadismo inconsciente. La enfermedad es utilizada como el medio privilegiado para el autocastigo. Freud empieza a darse con que algunas personas están aquejadas de estar bajo el imperio de una conciencia moral donde el acento recae sobre el sadismo acrecentado del superyó, al cual el yo se somete. Es como si el yo pidiera castigo. Una necesidad que se satisface mediante padecimiento. Es el sadismo en alianza con el autocastigo, idea que lleva a Freud a mencionar expresamente la relación de este superyó con el imperativo categórico de Kant.

Ahora queremos saber cómo ha llegado el superyó a este exigente papel, y por qué el yo tiene que sentir miedo en caso de haber diferencia con su ideal. [...] el superyó conservó caracteres esenciales de las personas introyectadas: su poder, su severidad, su inclinación a la vigilancia y el castigo. [...] es fácilmente concebible que la severidad resulte acrecentada por la desmezcla de pulsiones que acompaña a esa introducción en el yo. Ahora el superyó, la conciencia moral eficaz dentro de él, puede volverse duro, cruel, despiadado hacia el yo a quien tutela. De ese modo, el imperativo categórico de Kant es la herencia directa del complejo de Edipo. (2007b, p. 173).

Según Kant (2003), toda la moral del ser humano debe poder reducirse a un solo mandamiento fundamental. Kant definió el concepto de imperativo categórico como equivalente a cualquier proposición que declara a una acción (o inacción) como necesaria. Así, un imperativo categórico denota obligación absoluta e incondicional, y en todas las circunstancias ejercería su autoridad, ya que sería autosuficiente y no necesitaría justificación externa. Por ejemplo: en todos los casos que alguien quiera suicidarse debemos instrumentar automáticamente y bajo todos los medios recursos para impedirlo. En vez de preguntar simplemente ¿por qué quieres suicidarte? hay que impedirlo, quizás evitándolo materialmente o diciéndole "tienes todo para vivir y ser feliz". Eso es un imperativo categórico. Kant define así la máxima que rige la acción: "Obra de tal modo que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre al mismo tiempo como principio de una legislación universal" (p. 28).

Para esta moral kantiana la autonomía basada en leyes universales constituye propiamente la libertad: el sujeto racional que actúa por deber, respetando el mandato que proviene de su propia razón, es libre. El aspecto universal de esta ideología se

opone a postular la heteronomía moral, la diversidad de normas válidas para conducirse, que para Kant sería una forma de esclavitud, ya que implica negar la razón de un sujeto.

El superyó no prohíbe la satisfacción: exige la satisfacción de la renuncia, exige imperativamente ese bien moral de la renuncia. Va contra el principio de placer y es lo que se opone al deseo. Es el lugar de una ley pero no pacificante, ordenadora, sino de una ley insensata sin justificación, sin razones. (Delgado, 2012, p. 195).

En 1972, Seminario 20, Lacan retoma el imperativo kantiano y lo asocia con el goce del superyó. "Asomo aquí la reserva que implica el campo del derecho al goce. El derecho no es el deber. Nada obliga a nadie a gozar, salvo el superyó. El superyó es el imperativo del goce: ¡Goza!" (p. 2008b, p. 11). Este goce del que habla Lacan no significa placer. Gocé no puede ser confundido con placer, porque es lo que produce dolor. Se trata, como decíamos, de una satisfacción que se encuentra en el dolor. En ocasiones hace tanto mal hasta el punto de que si cobra autonomía lleva a la muerte. El goce es entonces un mal, es el exceso de superyó que produce una satisfacción que no es representable que Freud ubica en el dolor. Freud nos dice que la experiencia que produjo dolor es lo que se repite, en vez de seguir creyendo, como lo hace el cognitivismo, que lo que se repite o lo que tiene que repetirse es lo que produce placer.

El derecho al goce es el enunciado de nuestra época. "Tú tienes el derecho a..." miles de cosas se pueden poner allí. El deber de gozar, le ordena al sujeto a gozar y está relacionado a la voz, a la pulsión invocante, es la orden del Otro sobre la voluntad del sujeto. Como dice Delgado (2014), Lacan retoma la idea de Freud del superyó constituido por un enjambre de voces que el sujeto no sabe de dónde provienen para decir que el superyó tiene que ver con la voz del Otro, que empuja de manera feroz al sujeto hacia su satisfacción, empuja al sujeto sin significantes. Lo que devora ya no es como decía Lacan en el seminario 17 la madre cocodrilo, sino el superyó voraz, ese imperativo de goce insensato, insumiso a la ley del significante, feroz. El sujeto escucha esa voz en forma permanente, por eso Freud lo llama, en relación con Kant, el imperativo categórico.

Se trata de la instauración del bien como valor supremo con el que se obtendría el placer. El texto fundamental en Lacan para intentar seguir esta idea de superyó como imperativo a gozar en sus relaciones con el sadismo vuelto hacia la propia persona, es decir goce masoquista, es el texto Kant con Sade, en el que Lacan aproxima el imperativo categórico de Kant al goce de Sade, "dando cuenta de la separación radical entre el bien y el bienestar, y principio de la conciencia moral como goce" (Delgado, 2017, p. 51).

Así, Freud coloca lo inconsciente en el reverso de la idea de curación y de salud mental. Se trata de la parte del inconsciente que se comporta de modo tiránico, mandatario, hay que comprar, hay que disfrutar, orden comandada por la pulsión de muerte. Exceso, donde lo permitido se convierte en obligatorio. Gran parte de la clínica que recibimos hoy tiene estas características: sujetos exigidos, apurados, que no se dan tiempo, que deciden ya, que no toleran la espera, que se apresuran o que aceptan ser empujados por ideales ajenos. Cuando el querer se vuelve voluntad independiente se separa del deseo y toma una vía estragante que pone al sujeto ante la angustia de muerte. Se trata de una voluntad que no es la voluntad del sujeto, sino la voluntad del goce, del Otro gozador.

Lo que Freud nos dice en "Inhibición, síntoma y angustia" es que esa angustia de muerte no se vive en el superyó, sino en el yo. El yo siente angustia, el yo es almacén de la angustia producida por la acción severa del superyó. La neurosis justamente se caracteriza por sus desmedidas reacciones frente a estos peligros. En el caso de la neurosis obsesiva el comportamiento del superyó se liga a la angustia de la conciencia moral. A diferencia de la fobia donde opera la amenaza de castración proyectada en un objeto externo que produce miedo, en la clínica del paciente obsesivo la angustia es ante el superyó cuyo peligro está enteramente interiorizado. Es la herencia de la intervención del padre que se ha vuelto apersonal, tiránico, ante lo cual el obsesivo se defiende, intenta cubrir esa angustia, se sustrae de ella ejecutando, de manera obediente, estricta y meticulosa, ciertos mandamientos, preceptos y acciones expiatorias que se propone. "Tan pronto como esto último le es impedido, emerge un malestar en extremo penoso, en el que nosotros podemos ver el equivalente de la angustia y que los enfermos mismos equiparan a ella" (Freud, 2006a, p. 122).

Tal como lo trae Delgado (2012), el "imperativo categórico" de Kant se entrama en el derecho de obligaciones, de modo que el surgimiento y la relación de la culpa se entretrejen con la conciencia y el deber. En la pluma del filósofo estos tres conceptos morales: culpa, conciencia y deber, a su vez implican la dimensión del sufrimiento. En el segundo tratado, "Culpa, mala

conciencia y otras cosas afines” de *La genealogía de la moral*, Nietzsche dice: “El imperativo categórico huele a crueldad” (Nietzsche, cit.

Delgado, 2012, p. 200). Y es bien cierto, una paciente lo decía: "la culpa me mata".

Lo que tienen en común el imperativo categórico de Kant y el superyó de Freud es el mandamiento, absoluto y cierto, de la satisfacción, la emergencia de un real sin ley, esa es su ley insensata, que produce la denominada angustia traumática y la conmoción profunda de las identificaciones. La parte relegada de la pulsión de destrucción sale a la luz como un acrecentamiento del masoquismo en el interior del yo. La destrucción que retorna desde el mundo exterior es acogida por el superyó lo cual hace aumentar su sadismo hacia el yo. Así, el "sadismo del superyó y el masoquismo del yo se complementan uno al otro y se añan para provocar las mismas consecuencias" (Freud, 2007b, p. 175). "La satisfacción de este sentimiento inconciente de culpa es quizás el rubro más fuerte de la ganancia de la enfermedad" (p. 171). El sujeto repite la experiencia que ha dejado un saldo de goce, a lo que le llamamos necesidad de castigo que Freud no duda en relacionar con el importante papel que tiene el padre en la conformación de este fantasma masoquista.

Dentro del yo se genera una gran necesidad de castigo, que en parte está pronta como tal a acoger al destino, y en parte halla satisfacción en el maltrato por el superyó (conciencia de culpa). En efecto, cada castigo es en el fondo la castración y, como tal, el cumplimiento de la vieja actitud pasiva hacia el padre. (2011d, p. 182).

En 1930, texto “El malestar en la cultura” Freud da cuenta de la cruel agresividad en el ser humano mientras repasa con claridad la articulación de todos estos conceptos.

Puede que no sea muy importante, pero acaso no resultará superfluo elucidar el significado de algunos términos como «superyó», «conciencia moral», «sentimiento de culpa», «necesidad de castigo», «arrepentimiento», términos que quizás hemos usado a menudo de una manera excesivamente laxa, intercambiándolos. Todos se refieren a la misma constelación, pero designan aspectos diversos de ella. El superyó es una instancia por nosotros descubierta; la conciencia moral, una función que le atribuimos junto a otras: la de vigilar y enjuiciar las acciones y los propósitos del yo; ejerce una actividad censora. El sentimiento de culpa, la dureza del superyó, es entonces lo mismo que la severidad de la conciencia moral; es la percepción, deparada al yo, de ser vigilado de esa manera, la apreciación de la tensión entre sus aspiraciones y los reclamos del superyó. Y la angustia frente a esa instancia crítica (angustia que está en la base de todo el vínculo), o sea la necesidad de castigo, es una exteriorización pulsional del yo que ha devenido masoquista bajo el influjo del superyó sádico, vale decir, que emplea un fragmento de la pulsión de destrucción interior, preexistente en él, en una ligazón erótica con el superyó. No debiera hablarse de conciencia moral antes del momento en que pueda registrarse la presencia de un superyó; en cuanto a la conciencia de culpa, es preciso admitir que existe antes que el superyó, y por tanto antes que la conciencia moral. Es, entonces, la expresión inmediata de la angustia frente a la autoridad externa, el reconocimiento de la tensión entre el yo y esta última, el retoño directo del conflicto entre la necesidad de su amor y el esfuerzo a la satisfacción pulsional, producto de cuya inhibición es la inclinación a agredir. (2011b p. 132).

El vínculo entre satisfacción erótica y conciencia de culpa es el gran hallazgo de esta segunda vertiente. Freud reduce el descubrimiento del psicoanálisis a las pulsiones de agresión, de muerte, de destrucción. En términos sociales sería decir que la humanidad se destruye a sí misma. En términos individuales que el superyó ha devenido sádico y el yo masoquista. El sujeto reclama castigo, pide castigo y, cuando se lo pide a sí mismo, se puede volver fatal. Explicamos este modo de operar de la pulsión en patologías tales como la anorexia, bulimia, algunas adicciones, hiperconsumismo, fenómenos psicósomáticos, entre otros.

[...] el impedimento de la satisfacción erótica provoque una inclinación agresiva hacia la persona que estorbó aquella, y que esta agresión misma tenga que ser a su vez sofocada. En tal caso, es sólo la agresión la que se trasmuda en sentimiento de culpa al ser sofocada y endosada al superyó. Estoy convencido de que podremos exponer muchos

procesos de manera más simple y transparente si limitamos a las pulsiones agresivas el descubrimiento del psicoanálisis sobre la derivación del sentimiento de culpa. (2011b, p. 134).

Según Edward Glover el superyó "es el concepto más clínico de Freud" (cit. Delgado, 2017, p. 51). El fin del análisis es el rebajamiento de este goce mortífero. Podría decirse también que el fin del análisis es la liberación del sujeto de los ideales que se le ha enseñado a respetar. Freud lo dice así: "[...] en la tarea terapéutica nos vemos precisados muy a menudo a combatir al superyó y a rebajar sus exigencias" (p. 138). Como señala Delgado (2021a) para "el psicoanálisis, la culpa es estructural, es una expresión de la pulsión de muerte" (p. 54). La culpa no es algo histórico, cultural, como Freud sostenía en la primera vertiente, sobretodo en el texto Tótem y tabú, "no depende de la subjetividad de la época, sino que es un dato de estructura" (p. 64).

En 1931, texto "Tipos libidinosos", Freud (2011e) indica que según cuál sea la colocación predominante de la libido en las provincias del aparato anímico de la segunda tópica han de distinguirse tres tipos libidinosos principales. Si la libido se coloca predominantemente en el ello tendremos el tipo libidinoso erótico; si lo hace en el yo tendremos el tipo narcisista y si lo hace en el superyó tendremos el tipo compulsivo, que es el tipo que nos interesa a nosotros para pensar la clínica de la hipermodernidad. El tipo erótico son personas cuyo principal interés se vuelve hacia la vida amorosa. Amar, pero en particular ser-amado, es lo más importante para ellos. Los gobierna la angustia frente a la pérdida del amor y por eso son particularmente dependientes de los otros, que pueden denegárselo. Este tipo subroga las exigencias pulsionales elementales del ello. El tipo narcisista, son personas en las que no hay el erotismo del tipo anterior, no hay tensión de ser amado por otro. Su interés principal se dirige a la autoconservación, muestra independencia y escaso amedrentamiento. Son personas que no se atemorizan, que a nada parecen tenerle miedo. Un yo que dispone de una elevada medida de agresión, que se da a conocer también en su prontitud para la actividad; en la vida amorosa se prefiere el amar al ser-amado. Son en particular aptos para servir de apoyo a los demás, para asumir el papel de conductores, dar nuevas incitaciones al desarrollo cultural o menoscabar lo establecido. Y por último, el que nos interesa, el tipo compulsivo. Se singulariza por el predominio del superyó, que se segrega, se independiza del yo en medio de una elevada tensión. Es gobernado por la angustia de la conciencia moral; "muestra por así decir una dependencia interna en lugar de la externa, despliega un alto grado de autonomía, y en lo social pasa a ser el genuino portador de la cultura, preferentemente conservador" (p. 220).

Estos tipos difícilmente se presenten en la experiencia de manera pura, sino que frecuentemente dice Freud se presentan de manera mixta. Las variantes erótico-compulsivo, erótico-narcisista y narcisista-compulsivo. Entre ellos, en el tipo erótico-compulsivo, el hiperpoder de la vida pulsional parece limitado por el influjo del superyó; personas que dependen absolutamente de otras personas moralistas de quienes esperan ser amadas; "la dependencia simultánea de objetos humanos recientes y de los relictos de los progenitores, educadores y modelos alcanza en este tipo el máximo grado" (p. 221).

En 1933, "32ª conferencia. Angustia y vida pulsional", repasa la tesis de que la necesidad inconciente de castigo se comporta como un fragmento de la conciencia moral, como la continuación de nuestra conciencia moral en lo inconciente; "por tanto, ha de tener el mismo origen que esta y corresponder a una porción de agresión interiorizada y asumida por el superyó" (2006d, p. 101). A esto le llama sentimiento inconciente de culpa. Lo que Freud deja abierto es la pregunta siguiente ¿debemos suponer que toda la agresión que regresa desde el mundo exterior es ligada por el superyó y vuelta así contra el yo, o bien que una parte de ella ejercita su actividad muda y ominosa (*unheimlich*) como pulsión de destrucción libre en el yo y el ello? Se inclina más por la segunda posibilidad, porque la institución del superyó atrae hacia sí gran parte de las peligrosas mociones agresivas, pero no todas; el superyó se convierte en la instancia castigadora, pero no asume toda la agresividad que le viene al sujeto desde el mundo exterior, por ende una parte de ésta queda desarticulada, suelta, ejerciendo su acción de manera autónoma y silenciosa. El trabajo de análisis es conocer primero y desmontar luego, reducir, poco a poco ese superyó hostil, duro y cruel; liberar al sujeto de este superyó que lo somete a que sostenga formas denigrantes, humillantes, degradantes, exigentes, insoportables para el yo de la persona.

Estas son las últimas concepciones que Freud tiene del superyó en articulación con los conceptos angustia, pulsión de muerte, conciencia moral, sentimiento de culpa, reacción terapéutica negativa y necesidad de castigo. Este último Freud visualiza la confrontación entre el superyó ordenado por la prohibición y el superyó en su empuje mortífero, la confrontación entre deseo y satisfacción pulsional, entre deseo y goce. La idea de Lacan es que de lo único que un sujeto puede ser culpable es de haber

cedido ante su deseo, de haber renunciado a su deseo, es decir, de haber permitido el imperativo de goce. En un análisis el sujeto va trabajando para desprenderse de estos imperativos superyoicos para que finalmente quede su deseo.

A esta segunda vertiente Lacan (2008b) la asocia con el goce femenino, que no es varón o mujer, sino posición femenina, seres del deber, seres de ese modo implacable que puede tomar el superyó tanto para sí misma como para su pareja. Si se pensaba que el superyó estaba más organizado en el hombre y menos en la mujer, Lacan dice todo lo contrario, que puede ser más implacable en la mujer que en el hombre. Puede llevarla hasta su propia locura. Podríamos decir que las mujeres no tienen superyó, sino que lo son, lo encarnan. Esto se constata en la clínica, muchas veces son ellas las que encarnan el superyó para un sujeto del lado masculino, esto hace que frecuentemente ellas se conviertan en un ser insaciable, obstinado, "que tiene carácter", que asusta a su partenaire. Pide más, me amas, me quieres, por qué hiciste eso. Y a muchos hombres esto los asusta. En un momento esto puede ser el gancho para esa pareja, pero esa demanda insaciable de amor, porque de eso se trata el superyó femenino, puede ser lo que a esa pareja la rompa y puede explicar la desmesura, el no límite. Hace cosas que sabe que no van a ser convenientes ni para ella ni para el otro, pero no lo puede parar. Si el Otro no le habla ella hasta su cuerpo es capaz de someter para que el Otro le hable. Puede someter su cuerpo hasta el extremo, en un recorrido muy corto de la pulsión hacia la satisfacción, hasta el extremo de someter su cuerpo al dolor por el pedido de la palabra de amor. Se trata de un goce que comanda al ser a someterse de manera infinita. Dice Lacan: "Por eso el superyó tal como lo señalé antes con el ¡Goza! es correlato de la castración, que es el signo con que se adreza la confesión de que el goce del Otro, del cuerpo del Otro, sólo lo promueve la infinitud" (2008b, p. 15).

Los *impasses* en la vida amorosa en relación con el partenaire superyó es una clínica muy actual. "Muy tempranamente, Freud formula que en el enamoramiento, colocar el objeto en el lugar del Ideal, implica que éste vire al superyó, y esto es propio de los amores desdichados" (Delgado, 2017, p. 50). No se trata de sujetos histéricos que reprimen su deseo por algo, sino que se trata de un sadismo, de una reducción a ser puro cuerpo, puro ideal de un sujeto. Al niño, por ejemplo, que lo mandan a diez mil tareas para cubrir ese ideal de niño perfecto, y después tenemos niños melancolizados, hiperactivos, medicados a temprana edad por la psiquiatría para calmar ese exceso, ese infinito producto del superyó paterno o materno. O los jóvenes que vociferan la ley de la época: ¡es sábado hay que salir! hay que salir a gozar, ¡hay que aprovechar que es sábado! Es el mandato de nuestra época.

El sujeto hace cosas que lo llevan por el lado de no verse beneficiado, no para de hacer cosas que lo dañan, elegir parejas tóxicas, hacer cosas que le desagradan y no tiende a elegir otras, todo el abanico de comportamientos que lo hacen caer siempre al mismo lugar, por este mecanismo de la pulsión de muerte, que una vez que lo descubre en los términos de sus propias palabras, tarea del análisis, tendrá la libertad, al saberlo, de qué cosa es lo que no puede parar de repetir y que lo sumerge en el sufrimiento del síntoma. Es cierto que hay una parte benevolente del superyó que es la heredera del complejo de Edipo, pero hay otra parte que podríamos llamar parte nefasta porque actúa en contra del bienestar. Y esta parte nefasta es algo con lo que el sujeto carga toda la vida, es un peso que carga sobre las espaldas, que si no se somete a análisis para morigerarlo es difícil que se lo identifique en los términos en los que viene dado para cada uno.

Coordenadas de la sociedad actual

En principio, es fundamental situarnos en nuestra civilización para pensar cómo esta época vive la pulsión. Freud (2011b) afirma que vivir en la cultura implica una insatisfacción constitutiva con la que cada sujeto tiene que lidiar. Pero, en nuestra época hay una particular relación con el objeto que podríamos llamar de pura satisfacción donde la realización del sujeto está pasando por algo en donde lo ilimitado ha entrado en su vida.

Hubo un cambio cultural desde la época victoriana a la era del derecho al goce, a la era "del like". Algo que notamos y que Freud mismo llamaba malestar en la cultura, esa presión cultural que viene de querer aplacar la pulsión en beneficio de la cultura, eso era un infierno. Ahora la cultura no requiere eso, que se aplaque la pulsión, sino que demanda lo contrario, reclama que cada uno goce a su manera. También el padecimiento es absolutamente opuesto a lo que se podía encontrar en tiempos de Freud. Los pacientes de hoy se quejan, quizás, por no estar actuando acorde a su deseo, sino a su manera de gozar. Hay algo en esta época que dice "sí puedes", "todo puedes hacer", "ve y búscalo". Esto es un real. No sabemos si está bien o está mal, los analistas no están para decir eso. Al analista le concierne encargarse de tomar las cosas de la cultura como se presentan y ver qué hace cada sujeto con eso. No juzgar si el derecho al goce es mejor o peor que las prohibiciones de la época victoriana (Balzarini, 2022).

Lo nuevo de muchos síntomas actuales es que no se articulan al sujeto de la represión. No se articulan al retorno de lo reprimido, como sabemos por Freud a partir del mecanismo de la represión que viene de la mano con los efectos retroactivos del sentido. Entonces, la clínica de la psicosis ordinaria, o mucho de lo que llamamos la clínica actual, o los síntomas contemporáneos, muchas veces, en la dirección de la cura, está más destinada a conseguir un anudamiento, que a levantar lo reprimido.

La época victoriana, era la época de la represión. Los sujetos sufrían, pero no se autodestruían tanto. Esa época daba lugar a los síntomas clásicos. Un síntoma clásico es el que se desencadena como resultado del conflicto entre los ideales del sujeto y el goce inasimilable, la estructura clásica del síntoma en Freud que encontramos en *Estudios sobre la histeria*, desde el caso Ema hasta Elizabeth von R. Lo conocemos perfectamente, cómo Elizabeth von R estaba enamorada de su cuñado, y no solo eso, sino que quería que la hermana se muera para quedarse con el cuñado, pero a cambio de eso hay una represión de ese amor al cuñado, en el lugar del amor al cuñado aparece el dolor en la pierna, y el temor a dar el mal paso como dice Freud, en el caso de Elizabeth.

Hoy los diques psíquicos que contienen la pulsión, como la vergüenza, se han desdibujado. La adaptación del sujeto a la cultura entonces corre cierto peligro. La vergüenza es un índice de la división subjetiva, es un testimonio del propio inconsciente; debajo de la vergüenza está el goce. Estamos en una época de la desvergüenza, más bien da vergüenza sentir vergüenza, porque hay que mostrarse como uno es, hacer saber hasta a las piedras cómo se es, qué se está haciendo a cada momento. Las banderas feministas, el “sean ustedes mismos”, el orgullo del ser, en ciertos casos confrontar al sujeto con la angustia suscitada por la vergüenza y el empuje irracional a la superación del miedo, provoca diversos estados de angustia.

Los síntomas clásicos, producto de la represión y del retorno de lo reprimido, dieron lugar a estos síntomas que son sin conflicto, síntomas mudos, que no hacen demanda. La tarea del análisis frente al imperio de la pulsión de muerte en su forma superyoica será la sintomatización de los modos de satisfacción pulsional, sintomatización que permita reducir las prácticas directas de goce. Freud (2011b) dice que la civilización se edifica sobre la renuncia a lo pulsional. La renuncia a lo pulsional obliga a la sublimación, por eso la represión está siempre relacionada con el origen de la cultura, pero la represión no es totalmente lograda, entonces da lugar a la clínica del retorno de lo reprimido. En cambio, en la actualidad, los grandes relatos, los grandes nombres del padre, ya no existen. Los ideales dejan su lugar a un goce sin represión, y por eso el problema fundamental del siglo XXI es que la represión no es central a nivel de los síntomas. Las patologías que recibimos en el consultorio no son ya las neurosis producidas por la represión de la libido, sino que recibimos patologías por la impulsividad, producidas por el empuje al simplemente hazlo. El “Just do it” de Nike, o el “nada es imposible” de Adidas. Un empuje a hacer. No se puede no hacer. ¿Por qué hay que hacer? La pregunta no es porque sea malo hacer, sino para interrogarse, ¿será que nos estamos criticando tanto nuestro deseo y que por eso se vuelva urgente pasar a la acción? En tal sentido, afirma Han (2022) que el capitalismo representa la forma económica en la que el ser humano puede desfogar mejor sus intrínsecas pulsiones de muerte y su agresividad como bestia salvaje. Esta forma económica del mundo ha capitalizado la pulsión de muerte intrínseca en el ser humano, la tendencia en la materia viviente hacia el retorno a la inercia, y la recondujo hacia el crecimiento. Un irracional imperativo de crecimiento va reduciendo al ser humano a su pura satisfacción por la aniquilación de su propia materia viviente. Para esto se necesita que la idea de crecimiento en el capitalismo sea carente de objetivo: solo gozar. La satisfacción de la pulsión no tiene tope. El ser humano de hoy se resiste a las influencias externas que podrían ayudarlo a alcanzar su objetivo vital. Podría decirse que hoy vivir es dejarse llevar por la manera en que quiero morir.

El crecimiento va por la vía de la acumulación. El capitalismo es el empuje a la acumulación. Acumulación de poder, de bienes, de conocimientos, de información. Esta lógica de la acumulación se corresponde, dice Han, con la violencia. El que ha acumulado tiene poder para matar y de esa manera combate su propio deseo de morir. Es la manía como reacción a la depresión. Acumulación significa eternidad del ser, ser no finito, o sea negación de la muerte. La acumulación de capital brinda la ilusión de una vida donde la muerte no es parte. Entonces el aumento de capital significa la disminución de la muerte lo cual es también acrecentarla. No nos damos cuenta que para “sobrevivir nos enterramos vivos” (p. 22). Es un sistema que obliga a vivir y a capitalizar la vida en tanto que su fundamento es el impulso de muerte. Constantemente recibimos en el consultorio síntomas de despilfarro, dilapidación, desenfreno, pues ¿cómo soportar lo que sobra?

El psicoanálisis no está para combatir la muerte, sino para introducir un impasse en esa carrera comandada por la idea de eternización del ser que es solidaria de la acumulación y de la pulsión de muerte. Como decía Charles Melman (alumno de Lacan), “la manera de proceder de Lacan era una manera de señalar que no somos eternos” (cit. Rosales, 2017, p. 66). Nos creemos eternos, pero no lo somos. Al mismo tiempo, actualmente hay urgencia, es necesario apurarse, dejar nada para mañana,

tiene que ser ahora, no decir: debo de pasar unos meses más con mi tesis, mi libro, mi relación. “No, hay un tiempo para obrar y pasar luego a otra cosa” (p. 66). En el capitalismo todo se reduce a las pasiones, a las intensidades, a las excitaciones, a las reacciones sin mediar pausas. “Todo se reduce a la fórmula del consumo y del disfrute. Negatividades como el dolor son eliminadas a favor de la posibilidad de la satisfacción [...]” (Han, 2022, p. 27). ¡No hay tiempo para el dolor! Lo negativo, lo distinto, lo que no va en la vía de lo igual, que viene a dificultar el *sigla* y *sigla produciendo*, es dejado de lado para acelerar los ciclos de producción y consumo. Se quita al Otro su alteridad. “Cuando se le ha quitado al otro su alteridad, ya no lo podemos amar, sino solo consumir” (p. 129). Sujetos que buscan pareja por aplicaciones de citas donde es posible satisfacer la pasión por descartar.

De ahí que hay un exceso de positividad. La violencia no viene de lo negativo, sino de este extremo de positividad que es exceso de producción como el eje donde se asienta esta sociedad. Entonces tenemos las formas sintomáticas de lo hiper: hiperactividad, hiperexplotados, hipersexualizados. La presión de rendimiento hace que autoafirmación y autodestrucción se identifiquen. Una autoexplotación por optimizarse significa un sacrificio mortal por servir. Hoy nos llevamos con nosotros el tiempo de trabajo no solo cuando nos vamos de vacaciones, sino también cuando nos vamos a dormir (Han, 2022). El afán del capitalismo de una vida sin muerte acaba siendo mortal. “Los zombis del rendimiento, del fitness o del bótox son fenómenos de la vida no-muerta” (p. 22). Lacan (2007a) dice que la clave de la depresión es ceder, es abandonar el deseo inconsciente, es lo que hoy pasa, el sujeto abandona el deseo de saber, prefiere gozar. Los médicos prescriben medicamentos para cualquier cosa. Cortaste con la chica que te veías hace tres meses, cualquier pequeña pérdida ya es el pasaporte a recibir, por parte del médico, un antidepresivo, como si no hubiese lugar para la tristeza. La tristeza es normal, el duelo que hay que hacer, como decía Freud (2012b). Pero, eso hoy es insoportable. Es insoportable sentir. Las píldoras te anestesian el sentimiento. Tanto que no te dan ganas ni de tener sexo. El Prozac, por ejemplo, empuja a no sentir. Cuando no estoy allá arriba, entonces deprimido. Hay que ser feliz, todo el tiempo. Se trata de un rechazo a la tristeza.

Han (2022) plantea una diferencia entre dos tipos de sociedades. Dice que la sociedad disciplinaria e industrial tenía un sistema represivo en el cual los opresores, podríamos decir los propietarios, mantenían una relación de brutal explotación con sus oprimidos, los trabajadores. En esta relación estaban claro ambos polos, que provocaban protestas y resistencias que acabaran con las relaciones de producción imperantes. Aquí era posible una revolución. Se explota al trabajador y a partir de un determinado nivel de producción esta explotación llega a su límite: las protestas. Es la sociedad del capital que describe Karl Marx. En cambio, en la sociedad neoliberal la instancia opresora es apersonal, no hay alguien o algo contra lo cual el sujeto dirija su fuerza de lucha, no hay resistencias. Cuando no hay resistencia lo que hay es un extremo conformismo acompañado de estados de depresión y *burnout*. Nótese el vínculo de esto con la severidad del superyó. “Hoy nos lanzamos eufóricamente a trabajar hasta quedarnos quemados” (p.

35). Es el síndrome del *burnout* en su primer nivel: la euforia. La idea es que el “*burnout* y la revolución se excluyen” (p. 35). Han (2012) plantea que la sociedad disciplinaria de Foucault ya no se corresponde con la de hoy. La de hoy es la sociedad del rendimiento. Los muros, las cadenas, los espacios cerrados de las instituciones disciplinarias como hospitales, fábricas, cárceles ya han quedado obsoletos. Hoy la sociedad se caracteriza por el verbo positivo “poder” sin límites, “yes we can”, es la sociedad del imperativo de libertad lo cual ha dejado la puerta abierta para el plus de goce. Aún aunque estemos cansados seguimos produciendo. Esa es la astucia neoliberal, haber instalado la idea de que uno es dueño de su destino, se ordena a sí mismo, es un sujeto esclavo que se ha vuelto amo de sí mismo, se explota a sí mismo, hasta el cansancio, hasta el agotamiento definitivo, que sabemos, lleva a la paz eterna. No hace falta ejemplificar este cansancio, viendo a personas por todas partes durmiendo, ya sea en sus ámbitos privados o sea en los vagones del tren. Se trata de una sociedad regida por un sistema no represivo, sino tentador. En ella, y esta es la tesis central de Han, el ser humano es el trabajador empresario de sí mismo; se transforma en un empresario libre, aislado e individualizado, en un explotador de su propio sí mismo. Lo interesante sería a este sujeto cansado que dice “no estoy motivado”, preguntarle ¿de dónde saca que para hacer algo tiene que estar motivado?

Hoy todo el mundo “es señor y siervo en una misma persona” (Han, 2022, p. 33). Hago las cosas no porque otro me las ordene, sino porque me las ordeno yo mismo. El propio ser humano se mete a sí mismo en un corsé de imperativos, privaciones y prohibiciones en lo cual no se vive frustración, sino satisfacción. El problema de la autoexplotación es que es ilimitada porque si fracasa la culpa deviene fatal. Así, nos “explotamos voluntariamente hasta colapsarnos” (p. 127). Lo que debe llamarnos la atención es que no se opone resistencia. Como está bajo el signo de la libertad es sumamente efectiva. No se constituye un

“nosotros”, no se erige un colectivo que pueda alzarse contra el sistema. Cero protesta, cero conflicto, cero tensión. El sujeto es empujado a reducirse hasta su estado inerte, inanimado, de pura paz: la muerte.

La autoexplotación es eficaz. Desvelarse y desnudarse voluntariamente obedece a esta lógica de la eficacia de la autoexplotación libre. Se busca una gran sensación de libertad que hace imposibles las protestas. Se trata de una nueva dominación, que no nos impone silencio, más bien “nos incita permanentemente a comunicar, a compartir, a transmitir nuestras opiniones, necesidades, deseos y preferencias, e incluso a contar nuestra vida” (p. 44). Hoy no tenemos que objetar a que se recopilen, se guarden, se sepan datos sobre nuestra conducta de consumo, estado civil, personas con las que mantenemos relaciones. Todo queda registrado, cada paso que damos es reconstruible, cada clic que hacemos queda registrado, nuestro hábito se reproduce exactamente en la red.

Los datos son públicos, transparentes, y se vuelven controlables. Nadie protesta contra esto. Es el silencio del superyó. Se tiene que saber todo, la ignorancia se ha eliminado, entonces la confianza no hace falta. “Donde impera la transparencia no queda sitio para la confianza. En lugar de ‘la transparencia genera confianza’ debería decirse en realidad: ‘la transparencia elimina la confianza’ (p. 57). Si se elimina la confianza, se elimina al Otro y se acentúa más la exigencia de la transparencia, más el imperativo. Se desconoce la demostración freudiana de que el ser humano no es transparente ni para sí mismo.

La confianza ha cedido paso al control. Ya no hace falta la confianza si se pueden conseguir fácilmente informaciones. Vamos dejando por todas partes huellas digitales cosa que seguramente hará que en algún momento alguna aplicación tome decisiones por nosotros y nos lleve hacia un Edén armónico de total felicidad. Tales datos se convirtieron en un producto comercial: los *big data*. Los *big data* se venden porque hacen posible pronosticar el comportamiento humano, predecir el futuro, eliminar el libre albedrío y así influenciar hacia el consumo. Nadie sale a la calle a protestar contra esto. Hemos renunciado voluntariamente a los refugios privados. Las fronteras adentro y afuera se vuelven cada vez más permeables. Como consecuencia las personas caen en un cabal desamparo. Se trata de la exigencia de necesitar espacios de soledad, de ejercitarse en el *pathos* de la distancia. La fiebre de los *big data* es la furia por recopilar datos para controlar sujetos y conducirlos hacia el rendimiento capitalista. No solo la NSA, Axiom, Google o Facebook tienen un hambre incontenible de datos. También las neurociencias han sido seducidas por este dataísmo. En algunas prácticas de relajación se aplican sensores en el cerebro que registran automáticamente todos los parámetros corporales, todo se mide, ya sea la temperatura corporal, los pasos, los ciclos de sueño, la ingestión de calorías, los perfiles de movimiento y las ondas cerebrales. Incluso en la meditación se están registrando protocolariamente las pulsaciones. “Así pues, hasta en la relajación cuenta el rendimiento y la eficacia, lo cual es en realidad una paradoja” (Han, 2022, p. 65).

Laurent (2016) habla del efecto que tienen estos *big data* en los sujetos. Todo es una red, donde se pierde la privacidad, aparece la publicación de lo singular de manera desmedida. Al estilo exhibicionista o voyeurista de chusmear y estar atento a la desgracia ajena. Todos estamos localizados. Es el imperativo de saber todo, sin escondites. Un sistema de vigilancia que puede observar, por medio de los *big data*, desde fuera, pero nada sabe lo que ocurre en el interior. No importa lo que pase dentro de una persona. El capitalismo vuelve todo hacia afuera de manera violenta para convertirlo en información. Así, en el modo actual de producción inmaterial un aumento de información significa un aumento de productividad. Han (2022) plantea que la amenaza es que esta sociedad de la transparencia se haya tornado una sociedad del control. Las innumerables cámaras de vigilancia sospechan de cada uno de nosotros. Y esto es patente en la era de las neurociencias. El escáner del cerebro, que radiografía el cuerpo mental desnudo, es el instrumento del panóptico digital. Todos se tienen que desnudar. Esa es la lógica de la sociedad guiada por este imperativo que no obedece a una ley externa, sino que es una necesidad interna que hostiga al sujeto en lo más hondo de su ser, pero que permanece desligada, y como tal se vuelve insoportable, ningún sujeto soporta su propia ley insensata, es necesario articularlo con algo, algún hecho, que justifique la culpabilidad y ahí entran las neurociencias, ingreso que permite que esa crueldad del imperativo sea encarnada en las figuras humanas de los neurocientíficos, los nuevos amos. Bajo la máxima “tenes que estar bien”, “tenes que cuidarte”, “tenes que ser feliz”, “¡tenes que ser vos mismo!”, “sé tu mejor versión”, se evidencia la tiranía del superyó. Si no obedezco a los consejos de la salud mental soy culpable. La peligrosidad de esto reside en que los consejos vienen por el lado del superyó.

Es lo que sucede con algunos adolescentes que se autolesionan y no es que sea un fenómeno de masas, sino que se infligen heridas a sí mismos intencionadamente y sienten con ello un profundo alivio. Es el punto en que la autolesión se convierte en una adicción. El intervalo entre cada autolesión es cada vez más breve y la dosis aumenta. Los cortes son cada vez más profundos. Los afectados sienten entonces una necesidad de auto dañarse. Están tan anestesiados por la culpa de no haber

conseguido ser los grandes empresarios de sí mismos que solo herirse el cuerpo les hace sentir algo. El cuerpo responde con lágrimas rojas. Es el nuevo cogito: sangro, luego existo.

Muchos adolescentes sufren hoy angustias difusas, miedo a fracasar, miedo a fallar, miedo a quedarse descolgado, miedo a cometer un error o a tomar una decisión equivocada, miedo a no estar a la altura de las propias exigencias. Uno se avergüenza de su propia insuficiencia. La autolesión es también un ritual de autocastigo. (p. 71).

A los jóvenes se los empuja a la felicidad. El Otro se distancia cada vez más y le deja al joven la tarea de ser feliz. Mientras más se afianza la idea de “eres libre”, más crece la idea de “ser feliz”. El ejemplo del joven que se suicida en la película “La sociedad de los poetas muertos” que protagoniza Robin Williams por no ceder ante el ideal, que no proviene de sí mismo, lo termina aplastando. El suicidio entre los jóvenes es entonces un fenómeno que bien puede ser leído como respuesta a lo que la misma sociedad del consumo condena en sus propios jóvenes, que de hecho son su futuro.

Se trata del triunfo del superyó. Teniendo tantas posibilidades, tantos recursos para dominarnos, se vuelve real el ideal, y la vida en sociedad se vuelve inexistente. Se produce un corrimiento hacia un extremo superyó a raíz de lo cual el Otro va desapareciendo y lo que va quedando es el Yo no dividido, sino saturado, una saturación de libido sobre el yo y eso es sinónimo de enfermedad. La obligación de ser feliz es una obligación muy pesada. Va por la vía de la presión de aportar cada vez más. De manera que nunca se alcanza un punto final y definitivo, se vive permanentemente con una sensación de carencia que se maximiza por la virulencia con la que retorna el sentimiento de culpa. No solo competimos con otros, sino con nosotros mismos. Uno intenta superarse a sí mismo, lo cual es una superación peligrosa porque cuando se afianza la exigencia se empieza a desestabilizar el yo y el sujeto puede caer fácilmente por la pendiente de la depresión. Lo que muchos llaman hoy falta de autoestima que en su extremo puede conducir a la necesidad de autolesionarse.

La consecuencia fatídica es que ha desaparecido el Otro (Han, 2014). Hoy las energías libidinosas se invierten sobretodo en el yo, pero la acumulación narcisista de libido provoca la eliminación de la libido objetal, es decir, la libido que se vuelca sobre los objetos del mundo exterior. La libido crea un enlace con el objeto externo que estabiliza al yo (Han, 2022). Cuando no hay enlace con objetos externos la libido es vuelta sobre sí misma en forma de agresión y tenemos los fenómenos propios del masoquismo que hace que se desarrollen sentimientos negativos.

La creciente prescripción de antidepresivos en el mundo va de la mano con este ímpetu de afianzar la tiranía del superyó, de superar todo conflicto, lo cual corre parejo al borramiento del deseo, que es también la eliminación de la noción del Otro. El sujeto culpable es llevado por una vía que lo hace caer fácilmente en la rápida automedicación. Es un sujeto que va adoptando una absoluta certeza de que no sirve para esta sociedad. La tiranía del ideal del yo acaba con la realidad, porque la realidad que consiste en desesperanza ya no merece la pena ser vivida.

Los sujetos están cada vez más solos, el ser humano sufre como nunca del desvalimiento, de la angustia, de la separación de sus seres. Es tan así que hoy la salud mental es una escapada del trabajo, de la rutina, unas vacaciones en la montaña, en los Alpes, en el mar, donde no está el Otro. La salud mental es un bien preciado que se obtiene en un mundo creado por humanos, pero sin los humanos. De hecho, el sacrificio no tiene humanidad. Las empresas poco saben de la angustia, de la tristeza, de la soledad que invade el cuerpo, que afecta la productividad de su capacidad de trabajo.

Si la salud mental es el equilibrio, la armonía, entonces el capitalismo, y también debemos decir las empresas, las personas que hacen a las empresas, han provocado este modo de pseudo lazo social, que finalmente no es un lazo, no es un vínculo, no es un discurso, es un monólogo de la pulsión que lleva al trabajador por la vía de seguir y seguir, de tapar toda su falta y de encontrarse con la angustia de no tener qué cosa desear, entonces quiero un objeto, y después otro, y compro otro, sin cesar. Es ahí, cuando no está el deseo, que deja de estar el Otro, y se ve el sujeto empujado hacia su destrucción, hacia su soledad, porque sin falta, sin vacío de existencia, la vida es insoportable (Laurent, 2008).

Para Arendt (2003) la última forma de dominio es la burocracia. Un sistema donde el sujeto no está presente. Puede estar cometiendo la mayor atrocidad humana y aun así actúa sin pensar, sin reflexionar. Este estado de cosas hace imposible la localización de responsabilidad. Y es que, como sugiere Cabildo (2004), por falta de reflexión las personas pueden ser fácilmente manipulables por cualquier concepto frívolo de lo bueno y de lo malo; banalidad que no minimiza la crueldad de sus efectos.

Hoy para algunas empresas la concepción de enfermedad va por la vía de la relación epistemo-somática. Lo que se constata con escáner, tomógrafo, resonador, y puede comprobarse en los manuales estándares, es enfermedad. De esta manera, el dolor humano es el mismo para todos. Se empuja al sujeto a que adapte su dolor en las formas ya conocidas por todos, es decir se le exige que entienda su dolor como lo han entendido todos, se le exige que acepte no ser escuchado. No hay tiempo para eso. Es un sujeto que carece de reflexividad, no están sus afectos, lo cual produce su entrada en la cuantificación. Uno, dos, tres. Un sujeto sin nombre.

Para la autoexplotación hace falta no poner en juego la propia historia. Sin eso, el ser humano no puede saber qué cosa le causa a trabajar. El secreto, la extrañeza, la tristeza, la alteridad, son obstáculos para este modo de producción ilimitado. Ya no es la sociedad que disciplinaba, reprimía, y calificaba ciertas conductas como negativas. Ahora es la positividad y la maximización de dichas conductas. “Eso significa que las necesidades no se reprimen, sino que se estimulan” (p. 51). Todos por la línea puntera. No es más que una reacción en cadena, el infierno de lo igual. La interioridad, la espontaneidad, el acontecimiento, factores que constituyen a la vida, se oponen al capitalismo en su modo productivo cuya exigencia es la transparencia. El factor sorpresa de la vida humana ha sido enteramente eliminado. Así, el imperativo de transparencia queda del lado de la muerte. “La cantidad de información no arroja luz a la oscuridad. La transparencia no es una luz, sino un rayo sin luz, que en lugar de iluminar lo penetra todo y lo vuelve transparente. La transparencia no es ninguna lucidez” (p. 60).

La propia relación con el cuerpo se ha roto. Uno somete totalmente su cuerpo a la ideología del rendimiento, de la cuantificación que derivan de la lógica de la optimización. “Se gestiona el cuerpo en lugar de habitarlo. La bulimia y la anorexia son fenómenos patológicos de este desarrollo” (p. 73). En este punto, acordamos con la tesis de Alain Ehrenberg (cit. Han, 2022), de que si en este mundo hay tantas depresiones es porque se ha perdido la referencia al conflicto. Las personas están más preocupadas por agrandar y por encajar en los ideales que por oponerse a lo que no desean. Es un sujeto que conoce dos caminos: éxito o fracaso. En eso se parece a la máquinas: o sirve o no sirve.

El empresario de sí mismo, el trabajador que se produce a sí mismo, se ejemplifica muy bien con las *selfies*. Los sujetos se producen a sí mismos y se exponen en la cámara. La nueva plataforma del lazo social es la vida digital. La digitalización es una idea que proviene, como señala Han (2022), de *digitus* palabra latina que significa dedo. En lo digital la acción humana se reduce a las yemas de los dedos, está solo al alcance de un clic. Hoy solo movemos los dedos, “es la levedad digital del ser” (p. 133). Tenemos entonces facilitada la explotación, el desnudamiento voluntario, la exposición en redes, estas nuevas formas del sujeto como esclavo de la producción que van asociadas al superyó en tanto que se vuelven modos imperativos de gozar no por una coacción externa, no es alguien, un padre, un jefe, quien sea, que nos esté mandando, no es alguien a quien le estamos obedeciendo, sino que son formas que surgen por una necesidad interior fomentada por el capitalismo más allá de los límites de la vida.

Lacan en mayo de 1972, en la ciudad de Milán, pronuncia, con el título “Acerca del discurso psicoanalítico”, una conferencia en la que escribe el matema del discurso capitalista. Afirma que el discurso capitalista rechaza lo imposible intrínseco a la castración y hace predominar la tendencia hacia la homogeneización. Y esto es actual. Los seres humanos están cada vez más preocupados por producir, cada vez más confinados en una ilusión de que nada es imposible que los lanza en una respuesta apresurada a una demanda insaciable. Los trabajadores se sienten cada vez más empujados en una carrera interminable de generación de bienes consumibles y no consumibles que permitan hacer existir a otro a quien le deban entregar sus ofrendas. El sacrificio toma la forma de la satisfacción. Como dice Delgado (2021), la intervención del capitalismo de explotar nuestra psique hace que nos topemos con lo imposible, lo cual libera grandes montos de agresividad.

La velocidad que caracteriza a la sociedad del rendimiento va en la vía de la pulsión. La pulsión busca satisfacerse, circuitos cortos y satisfacción inmediata. Es la característica de esta sociedad. Se muestra directo el asunto, no se dan rodeos; se acortan las distancias, no se admite las alusiones, se exhibe directamente la cosa; la intimidad como espectáculo. La ralentización, el ocultamiento, la distracción, caracteres de lo bello, son obstáculos para la sociedad del rendimiento. “Hoy ya no soportamos lo lento, lo largo, lo silencioso. Ya no tenemos paciencia [...]” (Han, 2022, p. 116). “El atasco, la retención de información, ya no se tolera” (p. 131-132). Todo tiene que mostrarse y ser visible inmediatamente. Lo que domina es el imperativo de ir rápidamente al asunto, sin seducción ni erotismo. Ya queda nada por descifrar. “Lo seductor deja paso a lo pasional” (p. 117). La clínica actual es una clínica de lo insoportable del secreto y de la absolutización de la visibilidad. El superyó actúa en línea con la afirmación tenaz de la certeza de la transparencia. No se soporta el secreto. El objeto tapado se vuelve más esencial que su velo. Lo que hace a una cosa bella es su ocultamiento, su forma de distracción. Lo bello, lo erótico es lo que no se muestra.

Pero, en el infierno de lo igual, como Han caracteriza a esta sociedad actual, lo bello es inapreciable. Así, la idea de belleza tomada del *Fausto* de Goethe en que la belleza es resultado del encubrimiento, la belleza como aquello que no se deja desvestirse, desvelar, cuya esencia es la imposibilidad de ser desvelada, esa idea de belleza, que erotiza en tanto que se las arregla para no mostrar la verdad desnuda, queda totalmente abolida en esta sociedad. El goce por delante, por encima de todo. Esto es lo que hoy conduce.

Los clásicos lemas de paciencia, aplicación, represión, de una sociedad disciplinaria se han transformado en su contrario, en brutales imperativos de satisfacción. Y esto ha sido pronunciado y precipitado por la introducción del capitalismo. De pronto, lo que importa es la capacidad. Los espacios educativos están llenos de eslóganes del tipo: “¡Sí, tú puedes!” O “Todo es posible”. Es la idea de Lacan (2007a) sobre el superyó: goce. No es el límite que Freud situaba en la primera vertiente como heredero del complejo de Edipo. En la primera vertiente el superyó, tal como lo hemos demostrado, dice no a los goces posibles, mientras que en la segunda es un imperativo de goce. Si en la primera exigía la renuncia, en la segunda es un imperativo a gozar. Es lo que sucede en la época actual. La satisfacción es lo que pasó a ser un deber. Por eso las formas sintomáticas del malestar en la cultura hoy tienen que ver con las prácticas del goce. La bulimia, la obesidad, el alcoholismo, hasta el suicidio, patologías ligadas a la exigencia narcisista, cuántos likes, cuántos aplausos, corazones, cuántos emoticones, en fin, no son patologías del menos de goce que introducía la represión en los historiales freudianos. El superyó "es la fuente de exigencia de goce" (Delgado, 2017, p. 51), exigencia a la que el mundo actual está sumido por orden del imperio de la productividad. Si a la sociedad victoriana la rige el no, lo cual genera sujetos inhibidos, a la sociedad del capital la rige el sí, lo cual genera depresivos. De manera que el superyó ya no tiene que ver con la renuncia, sino con la posibilidad, pero no una posibilidad limitada, sino un todo posible.

El superyó llama al goce, no a la castración. La ley insensata del superyó puramente opresora no da lugar al sujeto de deseo. Es la instancia del superyó que va a tomar a su cargo la autoridad parental de una manera tal que arroja sobre el yo la dureza y el rigor de su función prohibitiva y punitiva. Esto no es sin satisfacción. La satisfacción queda enlazada a la prohibición. Pero, ¿cómo puede ser satisfactorio la prohibición? No es aquí el beneficio primario del síntoma, como formación de compromiso, o el beneficio secundario del síntoma, como los cuidados que recibe el enfermo. Es la satisfacción vivida por el sujeto producida por una intensa necesidad de ser castigado que es alimentada por el capitalismo. ¿Esto se alivia siendo cumplidor? No, porque a mayor renuncia, mayor culpa. Es la paradoja que introduce este modo de goce inconsciente (Delgado, 2012).

Como indica Alberti (2022), el psicoanálisis es el único discurso entre todos los lazos sociales que no pretende dominar. En el discurso del psicoanálisis lo que está en el comando es un elemento que no está hecho para dominar, sino para causar el deseo. El deseo es precisamente lo que no se deja dominar. Siempre está fuera de la norma. El psicoanálisis no considera que domina, sino que busca mantener su oferta de una experiencia original, de una práctica no consensuada, que introduce una hiancia entre “los maestros de la vida interior”. El psicoanálisis, por eso, no es una ciencia de lo psíquico, sino una experiencia de palabra, un intercambio de palabras que a veces puede cambiar algo, y otras veces puede cambiar la vida de un sujeto. Lo que una palabra hizo, otra palabra puede deshacerlo. El psicoanálisis es ante todo una experiencia de palabra. El sujeto viene a una entrevista y luego se va. ¿Qué hizo mientras tanto? Y bien, habló. Hay una tendencia a no interesarse por los resultados de esta práctica, una tendencia a la desvalorización de la palabra en términos de utilidad, eso es la voz del superyó de nuestra época. Hace falta que alguien esté para recibirlo, para darle la palabra y no retomarla inmediatamente. Alguien que pueda dejar producir una palabra, que no se parece a otra, una palabra singular, que no haga obstáculo a esta emergencia singular. Para ello hay que desembarazarse de la tiranía de los objetivos y de las normas de formateo de la conducta. Se trata de una ascesis en singular, una disciplina en la que hay que formarse.

Conclusión

Si podemos concluir algo es que la relación ley y superyó es una constante que atraviesa toda la obra freudiana. En ambas vertientes el superyó es coherente con la noción de ley. Solo que en la primera es una ley que socializa y en la segunda es una ley que mortifica. En la primera vertiente es una instancia observadora, criticadora, acusadora y prohibitiva; se hace conciente y se piensa; va en la vía del cuidado, del equilibrio. En la segunda vertiente es instancia torturadora, martirizante, castigadora, mortífera; es inconciente y se siente; va en la vía de exigir más allá del equilibrio. En la primera es ley que da un orden mientras que en la segunda es ley que no tiene ley. Esto cambia la idea anterior posfreudiana de que el superyó estaba ligado al deseo y a la conflictiva edípica. Los posfreudianos desconocían que el superyó está ligado no solo al deseo edípico, sino, como se

demonstró en la segunda vertiente, al goce, a la pulsión de muerte. Freud hace uso de las nociones de “imperativo categórico” y “consciencia moral”, acuñadas por Kant, para explicar el funcionamiento de tal instancia en la vida anímica del sujeto, afirmando que el Yo se somete al superyó.

Si en la primera vertiente la renuncia pulsional es operada por el superyó, en la segunda cuya referencia es la pulsión de muerte y el masoquismo, cada renuncia pulsional produce al superyó, incrementando su severidad. La primera se origina a partir de la identificación con la ley paterna respecto a la prohibición de los sentimientos parricidas e incestuosos, es decir del fracaso en la represión de la pulsión y el retorno de lo reprimido; la segunda se origina a partir de la introducción del odio que el sujeto tuvo a quien se encargó de frustrar, de imposibilitar sus tendencias impulsivas, entonces el superyó es el odio que el sujeto le dirige al yo, como si el sujeto fuera el superyó y el yo fuera la persona que se encargó de las prohibiciones.

Se demuestra la hipótesis de partida de que el superyó de la época coincide con el capitalismo. El aporte esencial de este trabajo es brindar una propuesta psicoanalítica de tratamiento a la forma clínica que presenta el sujeto del capitalismo a partir de saber sus relaciones con el superyó tal como lo trabajaron Freud y Lacan.

Referencias bibliográficas

- Alberti, C. (2022). ¿Qué puede el psicoanálisis? Conferencia en la UBA. Recuperado el 23/11/22 de: <https://www.youtube.com/watch?v=3uTAuyUFaM8>
- Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lu-men.
- Balzarini, M. (2022). Clínica de los síntomas hipermodernos. En *Escritos de Posgrado*, año 2, N° 4. ISSN 2796-891X. Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Rosario. Recuperado 13/3/2022 de: <https://escritosdeposgrado-fpsico.unr.edu.ar/?p=442>
- Cabildo, S. (2004). Sentido arendtiano de la “banalidad del mal”. En *Horizonte Revista* (3), número 5, p. 101-130. Belo Horizonte.
- Delgado, O. (2021a). *Leyendo a Freud desde un diván lacaniano*. Buenos Aires: Grama.
- Delgado, O. (2017). El superyó insiste. La vociferación también, pero distinta. En O. Delgado (comp.), *Huellas freudianas en la última enseñanza de Lacan. Volumen III*. Buenos Aires: Grama.
- Delgado, O. (2014). Introducción al superyó. En *Lecturas freudianas 2*. Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Delgado, O. (2012). Cap. 3: El superyó y la reacción terapéutica negativa. En *La aptitud de psicoanalista*. Buenos Aires: Eudeba.
- Freud, S. [1915] (2012b). Duelo y melancolía. En Sigmund Freud. *Obras completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1920] (2012a). Más allá del principio de placer. En Sigmund Freud. *Obras Completas*. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1900] (2012c). La interpretación de los sueños. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo V. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1914] (2012d). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1914] (2012e). Introducción del narcisismo. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1915] (2012f). Lo inconciente. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XIV Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1916] (2012g). Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo analítico. II. Los que fracasan al triunfar. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1916] (2012h). Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo analítico. III. Los que delinquen por conciencia de culpa. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1920] (2012i). Más allá del principio de placer. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1921] (2012j). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1913] (2011a). Tótem y tabú. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XIII. Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. [1930] (2011b). El malestar en la cultura. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1913] (2011c). El interés por el psicoanálisis. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1928] (2011d). Dostoievski y el parricidio. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1931] (2011e). Tipos libidinosos. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1923] (2007a). El yo y el ello. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1924] (2007b). El problema económico del masoquismo. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1925] (2006a). Inhibición, síntoma y angustia. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1926] (2006b). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1933] (2006c). 31ª conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1933] (2006d). 32ª conferencia. Angustia y vida pulsional. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1940] (2006e). Esquema del psicoanálisis. En *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gómez, M. (2016). Superyó, ley y pulsión de muerte. En S. Campbell y M. Gómez (comp.), *Inconciente, pulsión, transferencia y repetición: lecturas freudianas de los conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Córdoba, Argentina: Brujas.
- Grañó i Arcarons, M. (1997). La experiencia del dolor en Psicoanálisis y Medicina. En *Freudiana* (20). ELP de la EFP miembro de la AMP. Catalunya: Repro Disseny.
- Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Han, B.-C. (2014). *La agonía del Eros*. Barcelona: Herder.
- Han, B.-C. (2022). *Capitalismo y pulsión de muerte*. Barcelona: Herder.
- Kant, I. (2003). Crítica de la razón práctica. (Traducción de J. Rovira Armengol). Buenos Aires: Losada.
- Lacan, J. [1968-1969] (2013). *El Seminario. Libro 16. De un Otro al otro*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1953-1954] (2012c). *El seminario. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1969-1970] (2008a). El Seminario. Libro 17. *El Reverso del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1959-1960] (2007a). El Seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1969-1970] (2007b). El Seminario. Libro 10. *La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1972-1973] (2008b). El Seminario. Libro 20. *Aun*. Buenos Aires: Paidós.
- Laurent, E. (2016). *El reverso de la biopolítica*. Buenos Aires: Grama.
- Laurent, E. [2007] (2008). “Los objetos a”. Conferencia en la Biblioteca Nacional, Buenos Aires. Recuperado 24 de junio de 2021 de: <http://psicoanalisislacaniano.blogspot.com.ar/2007/07/los-objetos-eric-laurent-en-la.html>
- Rosales, J. (2017). *La valía de la escritura testimonial para la enseñanza psicoanalítica*. Querétaro, México: Fontamara.